

LA FILOLOGÍA HELENÍSTICA

Joaquín Gutiérrez Calderón

Seminario de Latín del I.E.S. «Villalba Hervás» de La Orotava

PREÁMBULOS

1. Qué no es: qué es

Me proponen que te hable sobre filología helenística¹ y, con ello, me apartan de la tarea propia del oficio de filólogo, el estudio de los textos, para que me ponga a dar cuenta, en la medida de lo posible, de una parcela del mundo y su

*De las notas, que figuran al final, el común de los lectores puede prescindir sin demasiado menoscabo para una comprensión cabal del tratamiento. Sin embargo, quien las consulte encontrará en ellas diversos modos de prolongación del hilo principal, desde excursos dirigidos a lectores más interesados en el tema o aclaraciones sobre los términos griegos y su intento de traducción, hasta citas de pasajes de fuentes antiguas o meras referencias bibliográficas.

Por otra parte, se añade como apéndice una tabla cronológica de consulta rápida en la que se contempla a un buen número de filólogos y «prefilólogos» y se especifican las labores gramaticales que la tradición le atribuye a cada uno.

Por último, una sugerencia: entre los numerosos nombres propios del texto el lector basta que fije los destacados en versalita: los demás pueden considerarse meras variables: como si se dijieran «Fulanito» o «Menganito».

¹ J. G. Droysen, historiador y filólogo alemán, publicó en 1836 *Alexander y Hellenismus*. En estas obras estudiaba no la Grecia «clásica», sino el siglo de Alejandro y los siguientes. Droysen le reconocía a esa época rasgos específicos. Para referirse a ella acuñó el término 'helenismo'. El desarrollo de los estudios gramaticales es producto de la cultura libresca de ese período; pero está prácticamente circunscrito, excepción hecha de la filología menor de Pérgamo, al ámbito de la Alejandría del Museo.



Cultura; porque, si hay que tratar sobre la disciplina en sí, entendida como organismo, como individuo, como «ser» en el Tiempo, el filólogo no tiene más remedio que callarse y dar paso a las imaginerías de los historiadores. Es —para que me entiendas— como si a un restaurador de obras de arte lo contratas no para reavivar el brillo de los blancos apagados de un bodegón viejo, sino para que cuente la historia de la técnica que domina; como si pretendes que el médico, simplemente por serlo, además de recomponerte un brazo fracturado, sea capaz de disertar sobre el desarrollo histórico de su arte. Rudolf Pfeiffer, por ejemplo, la fuente documental básica, en nuestro siglo, para el tratamiento del tema, es filólogo no por su monumental *History of the classical scholarship from the beginnings to the end of Hellenistic age*², sino por su edición oxoniense de los versos y las prosas de Calímaco. Pues es lo cierto que las labores propiamente filológicas bien pueden llevarse a cabo con una habilidad magistral sin apoyarse para nada en el conocimiento de la historia de la Filología. Dicho en dos palabras: filología no equivale a Historia de la Filología —piensa cuántos otros estudios y disciplinas, por el contrario, han quedado prácticamente reducidos a la historia de sí mismos.

Sin embargo, es verdad que las investigaciones sobre el desarrollo (a veces progresivo, a veces regresivo) de las técnicas gramaticales, es decir, las Historias de la Filología, han salido siempre de la pluma de filólogos: la primera, la de Henri Étienne, *De criticis veteribus Graecis et Latinis*, publicada en 1587, nada menos que dieciocho siglos después del florecimiento de la crítica alejandrina; y la última, de 1968, la ya citada de Pfeiffer. Pero entenderás que, cuando Pfeiffer o Étienne narran, a la manera de Aristóteles, los sucesivos pasos recorridos por la técnica que han heredado, son ya historiadores. Dejemos, pues, también nosotros, el quehacer propio del filólogo y pasemos a componer un relato —¿histórico?— lo más riguroso y lo menos erudito posible de los comienzos de la disciplina en la llamada Grecia helenística. Desde luego que no podemos aspirar a hacernos una idea verdadera de tal época de la Historia —ni de esa ni de ninguna—: nada resta a nuestra infinita ignorancia tanta afanosa acumulación de conocimientos, igual que a la infinitud de la muerte (como Lucrecio decía) en nada le afecta una vida por larga que sea. Tratemos, sencillamente, de escoger, ordenar y comentar las noticias legadas por la tradición manuscrita más relevantes a nuestro propósito.

Ahora bien, de entrada debes tener presente que la Filología, desde su constitución como disciplina, no es una ciencia, una *epistēmē* (como la Matemática o la Ética platónica), ni tampoco una pura práctica, una *empeiría* (como lo era la

² Cf. bibliografía § 1.



habilidad del rapsodo), sino una mezcla de lo uno y de lo otro: una práctica teorizada, una teoría aplicada, una *téchnē*, un *ars*. Es, en términos generales, un arte de lectura, una técnica de lectura cabal de los textos literarios. Sus métodos me parecen en principio el desarrollo de una curiosidad o extrañeza ante palabras y pasajes difíciles de las producciones fijadas y, a la vez, el fruto de una profunda desconfianza hacia la difusión de la poesía por medio de la escritura. La filología no pretende más que proporcionar el texto prístino de una obra y hacerlo, además, completamente entendible.

2. Práctica filológica, escritura y épica oral

También tendrás en cuenta que el objeto primero de los estudios gramaticales alejandrinos fueron los poemas homéricos: la *Iliada* y, en segundo lugar, la *Odisea*: el armazón de todo un arte se fraguó sólo para establecer el texto original de Homero y para explicarlo. Eso supone que la épica homérica, instrumento primero de la *paideía*, no sería ya fácil de entender en época helenística, y que los textos proporcionados por la tradición manuscrita debían ser bastante variables entre sí; pero, también, que Homero era un poeta reverenciado, «el poeta» por antonomasia, y su poesía universalmente conocida entre las gentes de habla griega: «todos han aprendido de Homero» (se decía³); a él se le consideraba germen y modelo de todos los géneros literarios. Puedes imaginar que en el siglo III a.C., unos quinientos años después de su primera fijación, muchas palabras, expresiones y referencias de los versos homéricos eran ininteligibles para sus lectores u oyentes. Más aún, el arte que el poeta recogía, y elaboraba de una vez para siempre, era ya entonces viejo: Homero se sitúa en el extremo de una tradición inmemorial de poesía que aprendían los jóvenes de los mayores, que corría de boca en boca: él señala el culmen del arte primitivo de la épica oral en lengua griega, y, a la vez, su fin.

Sin embargo, no por ello debes pensar que la práctica filológica helenística se limitara a los poemas homéricos: las labores de edición y explicación de los textos, desarrolladas en torno a la épica de Homero, se fueron extendiendo por imitación a todos los géneros literarios según se iban incorporando al patrimonio de las letras griegas; primero a la lírica, la tragedia y la comedia, es decir, al resto de la poesía, y por último también a la prosa.

Como te decía, la *Iliada* y hasta la *Odisea* (sin duda, posterior) se habrían hecho en cierto modo extrañas a su público: quedaban muy lejos. Piensa que ni siquiera somos capaces de concebir la distancia (equivalente en la aritmética de los

³ Jenófanes, fragm. 21 B 10 (DIELS-KRANZ, *Fragmente der Vorsokratiker* I-III, Berlín 1951-1952).



siglos a la que nos separa de los sonetos del Marqués de Santillana), toda vez que podemos deducir (Bowra lo explica claramente⁴) que una lengua no sujeta a la escritura cambia de generación a generación mucho más que una lengua letrada.

Heródoto⁵ sabía que los griegos de la Jonia habían tomado (y modificado) las letras de los fenicios (de acuerdo con nuestra datación, sobre el siglo IX u VIII a.C.); además, según otra tradición⁶, corroborada por las tablillas encontradas en Cnosos y Pilos, antes de Cadmo (el mítico importador del alfabeto fenicio), Dánao había llevado las letras a los griegos desde Egipto (entre el XVII y el XV): se aludía, sin duda, a esa escritura de caracteres aún lastrados de simbolismo ideográfico, de tosca precisión fonémica y apta para la administración de la hacienda, que conocemos como Lineal-B.

Es cierto: hay testimonios del empleo de la escritura desde muy antiguo; pero, a juzgar por la repentina proliferación (sobre el siglo V) de referencias en el arte y en la literatura a la actividad escrituraria y al comercio de libros⁷, bien puedes deducir que la generalización de su uso es mucho más reciente. En fin: que los griegos de la llamada época helenística no entendían del todo algunas palabras anticuadas de Homero: congeladas en la escritura, ya no se iban recreando conforme la lengua cambiaba. Además, en los poemas homéricos se amalgamaban usos de las distintas variedades de griego: cualquiera podía encontrar en ellos palabras ajenas a su dialecto. Así pues, había que aclarar esas palabras raras; había que explicar los poemas.

Por otra parte, que los gramáticos (o filólogos) alejandrinos (desde Zenódoto a Aristarco) fueran desarrollando toda una artillería de signos críticos sobre el texto, principalmente para llamar la atención del lector curioso sobre pasajes de dudosa 'homeridad', supone una evidente desconfianza hacia la transmisión manuscrita. La duda sobre la autenticidad de algunos pasos de los poemas debió haberla sembrado, lógicamente, la variedad de versiones en circulación. No nos servirán como prueba de tal diversidad los testimonios de Platón y Aristóteles: sus abundantes citas homéricas muy bien podrían haberse hecho de memoria. Pero compara entre sí los papiros de la *Iliada* (y la *Odisea*) datados antes del siglo III, y verás cuánto divergen de unos a otros los «mismos» versos (a partir de época helenística, en cam-

⁴ *Poesía y canto primitivo*, Editorial Antoni Bosch, Barcelona 1984, pp. 17 y 18.

⁵ En V 58 (cf. fuentes § 7).

⁶ La primera alusión a la escritura griega pre-fenicia la encontramos en Hecateo de Mileto (*FGrHist* I 20; cf. fuentes § 8).

⁷ Cf. bibl. § 7a.



bio, encontramos, y cada vez más, casi una versión única). Además, ten presente que la biblioteca (o bibliotecas) del Museo debía proporcionar a los críticos alejandrinos numerosas copias de los textos homéricos: cotejando unas con otras trataban ellos de reconstruir la obra genuina del poeta.

Dos tipos distintos de tareas, pues, se ve que convergen en el filólogo: de un lado, la edición de un texto limpio de interpolaciones y corrupciones, y, del otro, la necesaria explicación de los poemas. Ambas me parecen derivar de actitudes lingüísticas corrientes: la primera, la edición crítica de textos, se revela como un desarrollo de aquella función del lenguaje que Roman Jakobson⁸, en la ya vieja teoría de la comunicación, denominaba 'fática'. Se fundaba en la necesidad de verificar la viabilidad del canal de la producción lingüística. Nuestras Gramáticas escolares solían ejemplificarla con los «sés» que un interlocutor de una conversación telefónica va entremetiendo en las frases del otro para confirmarle el buen funcionamiento del canal de comunicación, para indicarle que sigue a la escucha. La función fática del lenguaje parte —claro está— de la desconfianza ante un vehículo de habla inusual, desconfianza también manifiesta, como hemos visto, en la intervención del filólogo sobre el texto transmitido por la escritura. En las tareas de explicación (o exegesis) de los poemas, el segundo tipo señalado, que comprenden una amplísima variedad de estudios, en ese hablar de lo hablado, reconocerás fácilmente una forma de institucionalización, de especialización (tradicional e histórica) de la llamada 'función metalingüística'. Edición y explicación de los textos literarios, actividades algo independientes al principio, se irán desarrollando en mutua colaboración y vendrán a encontrarse en la obra exegética y editorial de Aristarco de Samotracia, allá por el año 160 a.C. del Egipto griego.

LA HISTORIA

3. Dídimo, el último alejandrino

A finales del siglo I a.C., sin embargo, cuando Augusto lograba imponer el ideal de Alejandro desde el poder romano, en pleno trance de trasvase de la Cultura griega al latín, el alejandrino DÍDIMO ya no era capaz ni de explicar los textos ni mucho menos de editarlos. Su producción, descomunal (se le atribuye la fantástica cifra de tres mil quinientas obras: por algo le apodaban el «olvidalibros»⁹), es un mero trabajo de compilación y resumen de la tradición filológica anterior almacenada en la biblioteca del Museo.

⁸ R. JAKOBSON, *Ensayos de lingüística general*, Ariel, Barcelona 1984 (=1975), págs. 352 ss.

⁹ En griego *biblioláthas*.



En su tratado *Sobre la edición corregida de Aristarco*¹⁰ Dídimos se limitaba a extractar los logros de la labor editorial del filólogo samotracio y los pasajes correspondientes de sus comentarios y monografías, dando cuenta —eso sí— de las coincidencias entre las lecturas aristarqueas y las de Zenódoto y Aristófanes de Bizancio: por ejemplo, la vulgata de *Ilíada* (III 126) transmitía

«díplaka marmarēēn, poléas d'enépassen aéthloys»
([Helena tejía un lienzo] «de doble trama, de mármol, y muchas fatigas bordaba»).

Dídimos constató que los tres filólogos coincidían en sustituir *marmarēēn* ('de mármol') por *porphyrēēn* ('de púrpura'), lección que terminó imponiéndose en las ediciones posteriores. También observaba las divergencias entre ellos¹¹, pero sin entrar él mismo en la crítica del texto. Una de las pocas lecturas que se atrevió a postular¹², a favor del texto tradicional de las *Tesmoforiantes* de Aristófanes el cómico y frente a la corrección de su tocayo de Bizancio (el gramático), la sustentó en unos argumentos que habrían de merecer de los comentaristas posteriores el calificativo de «disparatados».

Tampoco sus comentarios (a la *Ilíada* y a la *Odisea*, a la lírica de Píndaro o Baquílides, a la tragedia de Sófocles, a la comedia de Aristófanes, a los historiadores sicilianos o a la oratoria de Demóstenes) son otra cosa que compilaciones de la obra exegética del pasado.

Poco o nada nuevo, como ves, hay en la producción de Dídimos: ni aun sus escritos lexicográficos, los vocabularios de la tragedia y la comedia¹³, son más que recopilaciones del material procedente de una obra semejante de Aristófanes de Bizancio¹⁴ y de otras colecciones parecidas. Sólo en su inventario de prover-

¹⁰ *Peri tēs Aristarcheíoy diorthōseōs*. El término *diorthōsis*, deverbativo de *diorthōō* ('poner derecho', 'restaurar'), era frecuente en el argot jurídico como tecnicismo ('enmienda') y lo usó Hipócrates en su tratado *Sobre el médico* (I 6) para aludir a la 'reducción de un hueso fracturado'. Su calco latino es *correctio*.

¹¹ Como en *Ilíada* X 306, donde los escolios transmiten las correcciones de los tres gramáticos sobre el texto transmitido en la Vulgata. La lectura que ha prevalecido es la de Aristarco.

¹² Dídimos trató de argumentar la validez del original *Achaiós* (el gentilicio 'aqueo') frente a la acertada corrección por el prosopónimo *Alkaiós* ('Alceo').

¹³ *Léxis tragiké* y *Léxis kōmiké*. El término *léxis*, deverbativo de *légō* ('hablar'), viene a significar algo como 'palabra', 'lenguaje', 'estilo'. Evidentemente en este caso es preferible traducir 'léxico' o 'vocabulario'.

¹⁴ Las *Léxeis*.



bios¹⁵ añadió algo a su fuente (otra vez Aristófanes de Bizancio); pero, claro, se trataba, simplemente, de recopilar refranes escudriñando textos, principalmente de los cómicos.

Sin embargo, el enorme almacén de su obra proporcionó a la filología romana y bizantina materiales preciosos para la confección de léxicos como el de Hesiquio (en el II p.C.) o colecciones de proverbios como la de Zenobio (del V), y sobre todo para la elaboración de las notas marginales o interlineales conocidas como escolios, que con la sustitución del rollo por el códice se fueron (desde el siglo V hasta el X) añadiendo a los textos: Dídimo hizo de intermediario entre la filología alejandrina y los estudios literarios posteriores.

En fin, la filología compilatoria representada por el nombre de Dídimo —él nos interesa sólo como símbolo de un arte inerte— entrañaba un saber enciclopédico, pero no un *saber hacer*; no partía tanto de las obras literarias, como de las obras que estudiaban las obras literarias (una miscelánea, sus *Charlas de banquete*¹⁶, hubo de servir como trastero donde se acumulaba todo el material recopilado sobrante). En la Alejandría de Dídimo la única práctica filológica que quedaba dormía en los libros heredados de los grandes maestros de los siglos precedentes: los tiempos de la actividad crítica habían dado paso a los de la reproducción y el extracto; y la Cultura, siempre al amparo del Poder, se trasladaba, como acaso el propio Dídimo, desde el Egipto del patronazgo tolemaico a Roma, la última ciudad helenística y primer Imperio occidental.

4. La reflexión sobre la práctica: τέχνη γραμματική

Ya los nombres de tres gramáticos (o filólogos) de la generación anterior a Dídimo aparecen ligados en las fuentes al de la nueva capital del mundo desarrollado: hay constancia de que ASCLEPIADES de Mirlea estuvo en Roma; allí fijaron su residencia TIRANIÓN el viejo, el de Amiso, y FILÓXENO de Alejandría.

Este último dedicaba al latín —toda una novedad— un estudio «dialectológico»: *Sobre el habla de los romanos*¹⁷. Por su parte, Tiranión, como filólogo reputado, recibió el encargo de poner en orden la biblioteca de Teofrasto,

¹⁵ *Sobre proverbios (Peri paroimiôn).*

¹⁶ *Simposiaká* (literalmente, ‘cosas propias de banquetes’).

¹⁷ *Peri Rhomaiôn dialektou*. Traduzco el término *dialéktos* (‘conversación’, ‘idioma’, ‘lengua’, ‘dialecto’) no sin titubeos, como ‘habla’. Parece que Tiranión consideraba al latín una variedad del griego, apercibiéndose sin duda de su parentesco.

La tradición de estudios dialectológicos (evidentemente no sobre el latín, sino sobre las variedades dialectales del griego) arranca —que sepamos— de Pródico de Ceos y Platón.



confiscada en Atenas y recién traída a Roma por Sila, un botín que contaba entre sus fondos con una buena parte de la obra de Aristóteles¹⁸. Tanto Tiranión de Amiso como Filóxeno de Alejandría, aunque continuaban la labor exegética sobre los poemas homéricos, se dedicaron especialmente a la gramática técnica¹⁹, es decir, a lo que hoy llamamos ‘Gramática’ a secas. Tú mismo puedes valorar cuánto tendrá que ver el extraordinario desarrollo de los estudios lingüísticos a mediados del siglo I a.C. con el ascenso de una lengua extranjera como el latín al rango del griego, la lengua por excelencia. Desde luego, no podrás creer que lo uno sea consecuencia de lo otro —mucho nos guardaremos de establecer ilusorias relaciones causa-efecto—, pero tampoco debes ignorar que la «observación» de una lengua extranjera, lógicamente, repercute en la de la propia.

Los estudios lingüísticos, que, iniciados en el ámbito de la Filosofía (desde los sofistas a los estoicos), se habían desarrollado como método de exégesis, conformaban ya una sección autónoma en la triple división que de la Filología había llevado a cabo Asclepiades de Mirlea en su *Sobre la Gramática*²⁰: junto a una parte histórica (aclaración de referencias geográficas, nombres propios, mitos y palabras oscuras de los textos) y a una específica (crítica textual y juicio sobre la autenticidad de las obras) se contemplaba una parte técnica, dedicada al estudio de las letras, las clases de palabras, la ortografía, el uso correcto del griego²¹ y la concordancia: su división tripartita de la Gramática (o Filología) venía a revisar la de Dionisio Tracio; y lo mismo podemos decir (si el Asclepiades al que alude Sexto Empírico²² es el de Mirlea) de su definición de Filología: el término *empeiria* (‘práctica’, ‘estu-

¹⁸ Plutarco, en su *Vida de Sila*, refiere que la ordenación definitiva fue obra de un especialista, el peripatético Andronico de Rodas.

¹⁹ Tiranión, alumno quizá de Dionisio Tracio, distinguía en su *Sobre las partes del discurso* (*Peri tôn toû lôgou mérôn*) ocho clases de palabras, las mismas que se atribuyen a Dionisio.

La gramática técnica de Filóxeno de Alejandría se centraba en los verbos, especialmente en los monosílabos, que, como ‘principios’ (*archai*) constitutivos de los compuestos, consideraba de gran valor para el reconocimiento de los ‘significados originales’ (*étyma*).

²⁰ Asclepiades escribió además *Peri grammatikôn*, una colección de biografías de filólogos: hasta tal punto el arte filológico estaba constituida a mediados del siglo I a.C.

²¹ Los estudios de ortografía y helenismo (‘uso correcto del griego’, ático por supuesto) alcanzaron un amplio desarrollo en la gramática normativa de la Edad Media bizantina.

²² En *Adversus grammaticos* 72.



dio práctico') usado por Dionisio para definir el hacer filológico quedó sustituido desde Asclepiades por el de *téchnē* ('arte' o 'técnica').

La *Téchnē grammatikē* de Dionisio Tracio (probablemente un manual de escuela del último tercio del siglo II a.C.), que suele considerarse la primera reflexión de la Filología sobre sí misma, comienza con la definición de la disciplina:

«Gramática es una práctica [¿actividad?/] ejercida sobre lo dicho [lo hablado y lo escrito] con frecuencia por poetas y prosistas».

Asclepiades, unos setenta y cinco años después de la sistematización de Dionisio Tracio, ya no podía concebir sus estudios como una pura actividad: hasta tal punto el cuerpo teórico abstraído de la experiencia filológica alejandrina había consolidado un arte bien definido²³. La *Téchnē* de Dionisio, en cambio, debía aún tener muy a la vista la práctica gramatical, mucho menos ideada y sistemática, de los eruditos del Museo, que ahora quedaba concebida para siempre: de ahí que definiera la Filología como un hacer o estudio práctico. Sin embargo, al referirse, al final de su división de la gramática, a su propia conceptualización de la actividad, la llamó 'técnica': el compendio de Dionisio se convertía, así, en el acta constitucional de un arte nacido de la observación y clasificación de las prácticas sin nombre del pasado.

La frase que da comienzo a la *Téchnē* (o *Arte*) de DIONISIO parte del Sujeto 'gramática': es hora ya de explicar el repetido titubeo evidenciado hasta el momento en la elección del término 'crítica', 'gramática' o 'filología' para referirnos a la técnica cristalizada de las actividades de los alejandrinos, a quienes, análogamente, hemos dudado si llamarlos 'filólogos', 'gramáticos' o 'críticos'. En nuestras lenguas occidentales contemporáneas, tamizadas todas por la común Cultura del latín medieval, los términos 'Filología', '*Filologia*' (italiano y portugués), '*Philologie*' (francés y alemán) o '*Scholarship*' (inglés) son más o menos equivalentes entre sí. Con ellos se suelen traducir tres palabras griegas distintas, *kritikē*, *grammatikē* y *philología*.

Pues bien, las diferencias entre las dos primeras parecen más bien de carácter diacrónico y diatópico, es decir, *kritikē* y *grammatikē* son usos de distintas épocas y de distintos lugares, pero bastante equivalentes entre sí: por un lado, sabemos que los filólogos de Pérgamo, frente a los alejandrinos, preferían el ape-

²³ La definición de Isidoro de Sevilla (siglo VI p.C.) en sus *Etimologías*, I 5 (cf. fuentes § 13) establece: «La Gramática es la ciencia del bien hablar, y el origen y fundamento de las letras liberales». El santo visigodo no está pensando evidentemente en la filología, sino más bien en una gramática normativa. Por otra parte, también a la retórica la llama ciencia.



lativo de *kritikoí* al de *grammatikoí*; la diferencia diacrónica, por el otro, está claramente expuesta en unos escolios al *Arte* de Dionisio²⁴:

«al principio se le llamaba ‘crítica’ y a los que de ella se ocupaban ‘críticos’. Un tal Antidoro de Cumas, al componer su *Léxico*, lo tituló *Léxico de Antidoro el gramático*: a partir de él se ha llamado a la crítica ‘gramática’ y a los que se ocupan de ella ‘gramáticos’»;

otro testimonio de que el nombre más antiguo de la actividad fue el de *kri-tikē* nos lo proporciona Estrabón²⁵, al considerar a Filetas, el pionero de la filología para Pfeiffer, poeta y ‘crítico’.

El compuesto *philólogos* lo encontramos por primera vez en Platón con el significado de ‘amigo de la discusión y de la charla’: Sócrates se lo aplica a sí mismo en el *Fedro*²⁶, y, en las *Leyes*²⁷, a Atenas, «amiga de las palabras» y «de mucho hablar» (*philólogos* y *polylogos*), en contraste con Esparta, «de corto hablar» (*brachýlogos*). Pero el primer uso del apelativo como tecnicismo se lo atribuye Suetonio²⁸ a Eratóstenes de Cirene:

«Parece que [Ateyo] adoptó el apelativo de ‘filólogo’, pues, como Eratóstenes, que fue el primero en reclamar para sí este sobrenombre, era reputado por su múltiple y variada cultura [*doctrina*]».

Habrás observado que el compuesto se aplicaba, según Suetonio, a hombres versados en diversos dominios de la Cultura: por ello quizá Apolodoro de

²⁴ *Grammatici Graeci* III, ed. HILGARD. Además, en un catálogo de ‘primeros inventores’ extractado por Clemente de Alejandría, junto a Antidoro (*Strommata* I 16, 79.3), figuran Eratóstenes de Cirene, «porque publicó dos libros titulados *Grammatiká*», y el peripatético Praxífanos (contemporáneo de Calímaco), «el primero que recibió el nombre de ‘gramático’ de acuerdo con el uso actual» (porque en el antiguo, *grammatikós*, como *grammatistēs*, aludía al maestro de escuela o de primeras letras).

²⁵ En XIV 657.

²⁶ Fedro, en 236e, amenaza a Sócrates, si no accede a entrar en conversación, con no volver a leerle ni contarle ningún otro «discurso» (*lógos*): Sócrates se da por vencido: ¿cómo se le iba a privar a él, un hombre amante de los «discursos» (*andri philológōi*), de las delicias de los sabios relatos de Fedro?

²⁷ En 641e. El compuesto se encuentra también en otros diálogos: *Laques* 188c, *República* IX 582e, *Teeteto* 161a y 146 (en el último caso, su derivado *philología*).

²⁸ *De grammaticis et rhetoribus* c 10 (cf. fuentes § 11).



Atenas, cronógrafo y geógrafo, y un experto en antigüedades, Demetrio de Escepsis²⁹, merecieron también el nombre de ‘filólogos’.

Ten presente, pues, las siguientes consideraciones: primero, que, para designar al conjunto de tareas equivalente más o menos a nuestra Filología, el término más extendido y duradero entre los antiguos fue *grammatiké*, estudio ‘de las letras’ (calcado posteriormente en el latino *litteratura*), y que, por tanto, el significado de nuestro tecnicismo ‘Gramática’ se ha restringido y especializado para acabar designando a una sola parte del todo; segundo, que en un principio a los estudiosos de los textos poéticos se les llamó *kritikoí* (*iudices*, ‘jueces’, para Quintiliano³⁰), pero que también, después de generalizado el término *grammatikós*, en Pérgamo se seguían llamando ‘críticos’; y, por último, que el término triunfante en la mayoría de las lenguas modernas, el apelativo *philólogos*, de significado vago para Sócrates, lo reclamaba para sí Eratóstenes de Cirene como designación de sus múltiples estudios, más que filológicos, eruditos.

Pero volvamos al *Arte* de Dionisio Tracio.

Tras la definición de ‘gramática’ se pasa a establecer, a manera de sumario, su división interna:

«Seis son sus partes: primero, lectura (*anágnōsis*) ejercitada de acuerdo con la prosodia; segundo, explicación (*exēgēsis*) de los giros propios de la poesía; tercero, aclaración en términos corrientes de las palabras extrañas (*glōssai*) y los relatos (*historíai*); cuarto, descubrimiento del origen de las palabras (*etymologíai*); quinto, cálculo de la proporción (*análogía*); sexto, crítica [discernimiento, distinción, juicio] de los poemas (*krísis poiemátōn*), que es, sin duda, la más hermosa de todas las partes de la técnica».

Antes de entrar en la explicación de cada apartado, debo llamarte la atención sobre el uso, en la frase de encabezamiento, del cuantificador definido «seis», que a renglón seguido va desglosándose con los ordinales de la enumeración: si, antes de recorrer cada uno de los quehaceres filológicos, Dionisio consigna el número de ellos, es evidente que los tiene previamente concebidos y contados; si especifica el cardinal, está dando por supuesto el conjunto. Es una conclusión de perogrullo —sí—, pero conviene insistir, una

29. El primero por parte del Pseudo-Scimno, en el proemio a su *Periēgēsis*; el segundo, por parte de Diógenes Laercio (v 84).

30. X 1.54 (cf. fuentes § 10).



vez más, en que el proceso de observación e ideación de un sinfín (o como mucho, un conjunto difuso) de prácticas y experiencias anteriores estaba concluido en el último cuarto del siglo II a.C. Puedes considerar asimismo que la secuenciación de estudios sugerida por los ordinales parece reproducir el orden de los pasos dados por el gramático en su estudio de los textos³¹.

Los textos —tenlo presente— son el principio y el fin de toda filología. Lo primero que hay que hacer con ellos es leerlos. La lectura (*anágnōsis*), que constituye la primera parte de la Gramática, se hará en voz alta: en ella debe procurarse no sólo una correcta entonación gramatical (acentos de palabra, comas, indicaciones de modalidad y límites de frase), sino también una ejecución artística adecuada a las exigencias estéticas de cada género literario y de cada situación. Así que no se trata de una lectura meramente visual y silenciosa (insólita, por otra parte, en la época), ni tampoco improvisada: no basta con leer el texto una vez: Dionisio habla de una lectura «ejercitada»³². La lectura o *anágnōsis* pretendía devolver al aire las palabras cifradas en la escritura, y eso verás que no es demasiado fácil; pues, concebida así la lectura como interpretación en voz alta del texto escrito, requiere un adiestramiento que hoy sólo conocen los actores de teatro. Añádele a eso los problemas derivados del uso de un instrumento insuficiente como la escritura: sin ir más lejos, todavía nosotros, pese a tantos siglos de Cultura y a tantas generaciones de Académicos de las Lenguas, seguimos empleando una escritura deficitaria en signos específicos para la indicación de las distintas modalidades de frase (llamadas, mandatos, formulaciones votivas, etc.); pero, además, la *scriptura continua* (es decir, sin indicación de límite de palabra por blanco de escritura), la corriente en la Antigüedad a pesar de los esfuerzos de los alejandrinos, y la escasez de signos diacríticos (de puntuación y acentuación) exigían un conocimiento previo de las unidades de significado y sentido, y de las normas de prosodia. Y si a todo ello le sumas las dificultades de la pronunciación de formas antiguas y extranjeras, tan frecuentes en los textos literarios, y —más aún— la ejecución métri-

³¹ Según Lallot (cf. bibl. § 4), en el esquema falta la corrección (*dióρθōsis*) de los textos. Para explicar una ausencia tan notoria, apunta dos hipótesis que no se excluyen entre sí: una, la clasificación de Dionisio parece elaborada en una época en que ya están establecidas vulgatas de los textos; dos, la división seguiría una «secuencia pedagógica», esto es, reproduciría cómo se enseñaba la Gramática en la escuela, donde evidentemente no cabía como tarea la edición corregida de los textos. Sin embargo, la edición corregida de textos bien puede considerarse un instrumento propio de la primera parte, de la lectura, y de la última, crítica de los poemas.

³² Traducimos, no sin dudas, el adjetivo *entribēs* (literalmente, ‘frotada’, ‘desgastada’, ‘laboriosa’) como ‘ejercitada’.



ca del verso, entenderás que el menester primero del filólogo fuera lograr una buena lectura de las obras.

La explicación (*exégēsis*) de los tropos poéticos (desde el hipébaton a la metáfora, la alegoría o la ironía), que dificultan el acceso al sentido del texto, se hacía mediante paráfrasis. Observa que esta segunda parte de la Gramática excluye, en principio, a la prosa, donde no tienen cabida los giros propios de las producciones sujetas a ritmo medido: el conjunto de la Gramática de Dionisio, en contradicción con la definición propuesta («...de lo dicho por poetas y prosistas»), sólo se aplica por entero en el estudio de la poesía.

La tercera parte se ocupaba de dilucidar el significado de las palabras raras (*glōssai*), por extranjeras o por antiguas (y hasta por novedosas), y los relatos (*historíai*) de sucesos, nombres de lugares o prosopónimos mal conocidos por el lector. Aristóteles³³ había definido ‘glosa’ como ‘palabra extranjera’, precisando su carácter relativo (lo que para un dialecto es glosa no lo es para otro). Más tarde su significado se extendió al de ‘palabra extraña’. El estudio glosográfico tenía, pues, como objeto la explicación de estas palabras ajenas al uso del griego uniformado de época helenística (la *koinē*). Según refieren algunos escoliastas, había cinco métodos para explicar una glosa: de acuerdo con el etimológico, el epíteto *chlōynēs* por ejemplo, aplicado en Homero³⁴ a un jabalí, procedería —según los escolios— de la composición de *chlōē* (‘hierba’) y *eynē* (‘lecho’): significaría, por tanto, ‘que se acuesta sobre la hierba’. Por método dialectológico la forma *ptólemos* (‘guerra’) se explicaba como variante no jónica de la más generalizada *pólemos*. Tanto el procedimiento resolutivo³⁵ (*epilysis*), como el de deducción a partir de un opuesto³⁶ (*tò antiphrazómenon*) explicaban las glosas en virtud de su contexto. El método histórico aclaraba el significado de una palabra oscura a partir de un relato (mito, leyenda o noticia): por ejemplo, uno de los sobrenombres de Apolo, *Smintheús*, se hacía derivar de un relato mítico: el dios habría erradicado una plaga de ratas (*sminthoí*). No se te pase por alto, en fin, que las colecciones de glosas, fundamento de la lexicografía tardoantigua y bizantina, son los ancestros de tus diccionarios.

³³ *Poética* 1457 b 4 (cf. fuentes § 5).

³⁴ *Ilíada* IX 539 (cf. fuentes § 1a).

³⁵ En *Odisea* V 69 (cf. fuentes § 1b) el significado de la palabra corriente *staphlēisi*, ‘racimos’, permite deducir el de la extraña *hēmerís*, ‘vid’.

³⁶ La glosa *krēgyon* de *Ilíada* I 106 (cf. fuentes § 1a) se explica por su antónimo conocido que aparece en el mismo verso, *kakōn* (‘males’): su significado pues sería algo así como ‘bueno’, ‘beneficioso’, ‘favorable’.



La cuarta parte de la Gramática, la Etimología, solía responder (y limitarse) a las ideas convencionales sobre el origen del lenguaje de Aristóteles, no a las más religiosas de los estoicos, que veían en ella una vía de descubrimiento de la verdad a través del conocimiento de la prístina adecuación mimética entre los sonidos primordiales y las cosas. Servía más que nada para desentrañar, en la medida de lo posible³⁷, el significado de las palabras compuestas y derivadas; es decir, era, en principio, un instrumento más al servicio de la explicación del texto; aunque, como tal, la Etimología se centraba en la palabra tomada en sí misma.

También la Analogía, antepasado de la Morfología en particular y, en general, de la Lingüística, proporcionaba al gramático un procedimiento eficaz para la exegesis y, sobre todo, para la edición (*ékdosis*) de textos. Se trataba de un cálculo de proporciones referido a los elementos de la lengua. Veamos un caso: el *Escolio* al verso 606 del libro XV de la *Ilíada* atribuye a Aristófanes de Bizancio el tratamiento de una doble analogía sobre la acentuación correcta del Dativo Plural *tarphe-si*: si se lo considera Sustantivo (con Nominativo Singular *tárphos*) como *bélesi* (con Nominativo Singular *bélos*), entonces debe acentuarse *tárphe-si*; pero, si es Adjetivo (con Nominativo Singular Masculino *Tarphýs*) como *oxési* (con Nominativo Singular Masculino *Oxýs*), entonces se acentuará *tarp-hési*; o expresado de otra forma:

¿TARPHE-SI?: Si Sustantivo, $\frac{b\acute{e}los}{t\acute{a}rphos} : \frac{b\acute{e}lesi}{t\acute{a}rphesi}$; pero si Adjetivo, $\frac{ox\acute{y}s}{tarph\acute{y}s} : \frac{ox\acute{e}si}{tarphe\acute{s}i}$

La Analogía ponía una palabra en relación con otra de su mismo tipo³⁸: se salía, pues, como la Etimología, de los límites de la explicación del texto. Cuanto más se alejaba el estudio analógico de las producciones literarias, más se iba constituyendo en disciplina independiente de la Filología: la propia *Téchnē*,

³⁷ Muchos escoliastas reconocieron que la etimología se estudiaba sólo hasta donde era posible. También San Isidoro de Sevilla (I 29, cf. fuentes § 13) afirma que «de todos los nombres no se descubren las etimologías, pues algunas cosas no han tomado sus nombres en virtud de la cualidad con que se crearon, sino de acuerdo con el albedrío de la voluntad humana». Y al final del párrafo concluye: «hay, pues, muchos nombres extraños y desconocidos para latinos y griegos».

³⁸ Pero ni detallaba los paradigmas, ni se planteaba cuestiones de construcción de frases. Dos obras vinieron a usarse como suplemento de la *Téchnē*: por un lado, desde el siglo II de nuestra era, la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo proporcionó, aun no siendo un tratado sistemático de todas las construcciones posibles, un método útil para tratar determinados problemas sintácticos; y del otro, los *Cánones* de Teodosio de Alejandría, las tablas de los paradigmas flexivos (es decir, las declinaciones y conjugaciones), se convirtieron, desde el IV, en un complemento al *Arte* de Dionisio indispensable en las escuelas.



desde el capítulo XI al XX³⁹, no es más que un estudio de gramática técnica: tras la definición de ‘palabra’ (y ‘oración’) en el primero de ellos, se va tratando en los capítulos sucesivos sobre cada una de sus ocho clases (establecidas, según la tradición⁴⁰, por Aristarco): el nombre (XII), el verbo (XIII) y su conjugación (XIV), el participio (XV), el artículo (XVI), el pronombre (XVII), la preposición (XVIII), el adverbio (XIX) y la conjunción (XX)⁴¹. Como habrás advertido, la Analogía, una de las partes del todo filológico, ha terminado apropiándose, al cabo de los siglos, del nombre de ‘Gramática’.

La sexta parte, «la más hermosa de la técnica», consistía, según los escoliastas, no en juzgar si el poema era malo o bueno (pues eso supondría que el crítico fuera poeta, y la Poética no formaba parte de la Gramática), sino en dictar un veredicto sobre la autenticidad de una obra, un pasaje o un verso, veredicto que establecía el gramático aristarqueo gracias a su plena competencia en todos los niveles de la composición (mitología, métrica, lengua, historias, glosas, orden de palabras, concisión y rasgos de estilo, y caracterización de los personajes). Una vez establecidas vulgatas de los textos y por necesidades de la escuela, la función del gramático fue juzgar a los ‘clásicos’ (*egkrithéntes*), los dignos de figurar en los programas de enseñanza, los que se copiaban y se comentaban, los que se nos han transmitido. Entonces la crítica sí que se convirtió en un juicio de valor sobre la obra. En fin, la ‘crítica de los poemas’, imprescindible para la edición de textos corregidos (*dióρθōsis*) y, por tanto, para la lectura (*anáγνōsis*), era la parte más hermosa de la Gramática, según Dionisio, porque comprendía, presuponía —lo dicen los escoliastas—, todas las demás⁴².

Ya comprendes, entonces, qué se entendía por ‘Gramática’ a finales del siglo II, cuando el arte era ya consciente de sí mismo, y también cuáles eran los distintos menesteres del oficio del filólogo, cuando el gramático sabía que lo era: ¿qué mejor guía hubiéramos podido seguir en nuestro recorrido que la *Téchnē* de Dionisio, la primera sistematización de las prácticas y experiencias de los grandes maestros alejandrinos?

³⁹ Es una sección más homogénea, en sus partes, que la primera: de hecho, en algunos manuscritos, figura aparte, con título propio. También nos ha llegado como manual independiente en una traducción al siríaco escrupulosamente literal, conservada en 2 manuscritos de los siglos VII y IX.

⁴⁰ Los escolios de Aristonico (cf. fuentes § 2) y Quintiliano I 4, 18-19 (cf. fuentes § 10).

⁴¹ En griego: *ónoma*, *rhēma* y *syzygía*, *metoché*, *árthron*, *antōnymía*, *próthesis*, *mesótes* y *syndesmos*.

⁴² Los filosofantes de la escuela de Crates reivindicaban el título de *kritikoí* frente al de *grammatikoí*, considerándolo de rango mayor: Lallot (bibl. § 4) apunta la posibilidad de que eso de «la más hermosa» fuera una concesión de Dionisio a los pergamenos.



5. El florecimiento del hacer gramatical

Dionisio debía haber terminado su formación con el docto Aristarco a mediados del siglo II a.C. La situación política de su Alejandría natal lo obligó exiliarse en Rodas, refugio insular durante mucho tiempo para filósofos y rétores: allí había una tradición peripatética desde los días de Eudemo, el alumno favorito de Aristóteles, y, además, la Stoa estaba representada por Panecio⁴³; allí un tal Apolonio Rodio (no el poeta) había fundado una escuela de Retórica⁴⁴; y ahora, con Dionisio, el intercambio cultural entre Este y Oeste (los romanos preferían educarse en Pérgamo y Rodas antes que en Alejandría) se extendía también al campo de la Gramática. La crisis política del reino egipcio no supuso la extinción de la filología, sino su dispersión y renacimiento en otros lugares de la Ecumene y por último en Roma: Andrón de Alejandría, un historiador del siglo IV p.C., lo cuenta así en sus *Crónicas*⁴⁵:

«Se produjo, pues, un nuevo rejuvenecimiento de toda la Cultura (*paideias*) en tiempos de Tolomeo [...] VIII, [...] llamado el Malefactor (*Kakergéitēn*). Pues él, al expulsar [...] a no pocos [...], llenó las islas y ciudades de hombres de letras (*grammatikôn*), filósofos, geómetras, músicos, pintores, profesores de educación física, médicos y demás técnicos que, enseñando por necesidad lo que sabían, hicieron ilustres a muchos hombres».

Uno de aquellos literatos que hubieron de abandonar Alejandría fue el ateniense APOLODORO, también alumno de Aristarco⁴⁶: es probable que se trasladara a Pérgamo, a cuyo rey Átalo II dedicó (c.144 a.C.) su popular poema cronográfico. Se inspiraba, en gran medida, como Dídimo, no en las obras literarias, sino en los estudios de sus predecesores⁴⁷ sobre ellas. Pero, a diferencia de la filología de Dídimo, posterior, la suya no era producto de un mero trabajo de

⁴³ Y en el siglo siguiente, el I a.C., por la figura de Posidonio.

⁴⁴ Más tarde Molón, el que habría de enseñar a Cicerón las técnicas de modulación de voz para la elocución en la oratoria, regentó en su isla de Rodas otra importante escuela de Retórica.

⁴⁵ *FGrHist* 246 f I Andrón (cf. fuentes § 8).

⁴⁶ En Atenas lo había sido de Diógenes de Babilonia.

⁴⁷ La *Geografía* de Eratóstenes le sirvió, junto con *Sobre el puerto* de Aristarco, de modelo y fuente para los doce libros de su *Sobre el catálogo de las naves*, un estudio filológico de geografía homérica. En Aristófanes de Bizancio basó buena parte de sus estudios sobre la comedia: como él, editó una monografía sobre las cortesanas atenienses utilizando material escogido, sobre todo, de la comedia ática. Pero sus principales esfuerzos los dedicó a la comedia dórica, a los dramas de Epicarmo y a los mimos de Sofrón.



compilación y resumen, sino fruto de un hacer hasta cierto punto creativo: refundía y reelaboraba obras anteriores.

Las *Crónicas*⁴⁸ eran deudoras —sí— de las *Cronografías* de Eratóstenes, pero no representaban el calco de un original extractado, sino que ofrecían varias novedades: primero, que la prosa de la fuente quedaba sustituida, para ayudar a la memoria, por un verso coloquial y llano, el trímetro cómico; segundo, que omitían la exposición de los complicados principios científicos de Eratóstenes; en tercer lugar, incorporaban, para conseguir una datación de los sucesos más precisa, el método de Aristóteles y Demetrio Falereo: consignar el nombre del arconte de turno. Además, como muchas veces las fechas de nacimiento y muerte de los personajes se desconocían, en las *Crónicas* se los databa, vagamente, por sus hazañas más famosas, consumadas —suponía Apolodoro— en torno a los 40 años de edad, en plena madurez, en la *akmé* (el *floruit* latino). Y en fin, aunque el punto de partida seguía situándose en la caída de Troya (1184-1183), las *Crónicas* se prolongaban, a partir de la muerte de Alejandro (324-323), la última fecha para Eratóstenes, hasta, probablemente, los tiempos del propio Apolodoro (110-109). Sus *Crónicas* yámbicas, populares y prestigiosas, terminaron por sustituir a las *Cronografías* de Eratóstenes, igual que más tarde, en época de Augusto (y de Dídimo), un texto más práctico, un manual de consulta, las *Crónicas* de Cástor de Rodas, habrían de reemplazar a las de Apolodoro.

La labor cronográfica era —entiéndelo bien— un instrumento al servicio de la explicación del texto y de la Historia de la Literatura: proporcionaba al filólogo una relación ordenada y coherente de las referencias contenidas en las obras y de otros datos extratextuales (biografía del autor, representación de los dramas, certámenes poéticos, etc.): era, pues, una herramienta específica de la tercera parte de la división teorizada de Dionisio, la que —como ya vimos— se ocupaba, junto a la aclaración de las glosas, de la explicación de los relatos (*historíai*).

Apolodoro fue además autor del primer estudio monográfico sobre etimologías⁴⁹, de la primera investigación específica sobre la cuarta parte de la Gramática. No sabemos hasta qué punto su *Sobre etimologías* era dependiente de la obra de los críticos estoicos de Pérgamo: ya hemos indicado que ni siquiera tene-

⁴⁸ Debemos a la *Periegesis* del Pseudo-Scimno (*Grammatici Graeci Minores* I 196 s., vv. 16-48) el material biográfico y un esquema del contenido de las *Crónicas*.

⁴⁹ Evidentemente las investigaciones sobre el origen de las palabras eran ya antiguas: Ferécides de Siro ofrece uno de los primeros ejemplos de etimología con su explicación del nombre del dios Crono como procedente de *chrónos* ('tiempo'). Hay también resonancias de la tarea etimológica en poetas y filósofos como Heráclito, Demócrito, Pródico y, sobre todo, en Crisipo, el especialista estoico, que escribió un *Sobre cuestiones etimológicas*.



mos pruebas fehacientes de su exilio en el reino atálida. Así que no trazaremos una línea entre la filología de Pérgamo, el centro rival de Alejandría, y la de Apolodoro. Pero es verdad que algo de común hay entre la vasta erudición del ateniense y la afición de los pergamenos por las antigüedades: ANTÍGONO de Caristo, escultor y gramático de los tiempos de Átalo I (241-197), se había dedicado al estudio de las artes plásticas, a la composición de biografías de contemporáneos suyos ilustres y de relatos sobre maravillas (paradoxográficos); POLEMÓN de Ilión, un arqueólogo de principios del II a.C., había desarrollado un nuevo tipo de periegesis (itinerario o guía) basada en el estudio de los monumentos y las inscripciones; DEMETRIO de Escepsis, otro periegeta que floreció a mediados del mismo siglo, consagraba su enorme obra al estudio arqueológico y topográfico de Ilión.

Pues bien, Apolodoro compartía con ellos —es cierto— la curiosidad por las cuestiones históricas planteadas en y alrededor de las obras literarias; pero, siguiendo la línea de los maestros alejandrinos, ponía el arsenal de su cultura al servicio de un buen entendimiento de las obras, en tanto que el ideal de las investigaciones pergamenas, más que a aclarar y explicar los textos por medio de la documentación arqueológica, topográfica o histórica, se orientaba a construir, aprovechando las informaciones obtenidas de los poemas, un saber sobre la Arqueología, la Topografía o la Historia de los lugares.

Incluso en la obra de CRATES de Malos, cabeza visible de la crítica de Pérgamo, contemporáneo de Aristarco y todo un «homérico», según el léxico bizantino conocido como la *Suda* (c.X p.C.), reconocerás la traza de una filología híbrida de estoicismo.

Éumenes II (197-158), por afán de convertir la capital de su reino en una segunda Alejandría, había mandado levantar el soberbio edificio de la biblioteca junto al templo de Atenea y buscaba a un intelectual de renombre que se pusiera al frente de su proyecto cultural. Crates aceptó la invitación del rey y se trasladó desde Cilicia con algunos discípulos. Pudo haber contribuido a la ordenación de la biblioteca y, según refiere Lydo⁵⁰, un historiador del siglo VI p.C., no sólo colaboró en la mejora del tratamiento de la piel de oveja como materia escriptoria (el pergamino), sino que aconsejó su exportación a Roma.

Pues bien, historias aparte, decíamos que la obra filológica de Crates estaba entreverada de filosofía estoica. De hecho —y hasta donde sabemos⁵¹—, ejercía

⁵⁰ LYDUS (ed. R. WUENSCH), *De mensibus*, 1898, I, 28.

⁵¹ Dídimo y Aristonico no tuvieron muy en cuenta a Crates; de ahí que la fuente principal sobre su obra no sean los escolios del manuscrito Venetus A (como para Aristarco y Aristófanes de Bizancio), sino los escolios exegéticos de los otros manuscritos, las alegorías del Pseudo-Heráclito, los estudios homéricos del Pseudo-Plutarco, las investigaciones monográficas sobre las alegorías, y sobre todo Eustacio (siglo XI p.C.). Sólo se conserva el título de dos obras suyas, *Diōrthotiká* (*Estudios sobre la edición corregida*) y *Homēriká* (*Estudios sobre Homero*).



una labor exegética mediatizada por sus inclinaciones científico-filosóficas: prestaba especial atención a los textos que enseñaban o escondían algún saber cosmológico: interpretó las descripciones de los escudos de Aquiles (*Iliada* XVIII 483-608) y de Agamenón (*ibid.* XI 32-40) como alegorías⁵² del orden celestial; hizo una crítica del relato de Urano y Gea de la *Teogonía* de Hesíodo; censuró la ignorancia científica que exhibía Eurípides en el *Reso* (aunque la disculpaba como obra de juventud⁵³); y, de la literatura más reciente, estudió el poema astronómico de Arato, los *Fenómenos*. Como buen estoico, se dedicó a la etimología y la gramática técnica: se distinguía de los analogistas alejandrinos por su atención a la irregularidad o anomalía

Crates —ya se ve— tenía inquietudes filosófico-científicas; sin embargo, sus labores sobre los textos eran estrictamente gramaticales: hizo ediciones corregidas de Homero y Hesíodo; utilizó la alegoría como método de exegesis; estudió a Eurípides y trató, según Tzetzes⁵⁴ (un gramático del siglo XII p.C.), sobre las partes de la comedia; además, investigó el origen de las palabras y, dentro de la analogía, contempló los usos anómalos. Crates merecía, pues, el nombre de gramático en el sentido más noble: Crates era un auténtico ‘crítico de los poemas’.

Contemporáneo suyo, como hemos señalado, (y rival, según la tradición) fue ARISTARCO de Samotracia, sexto bibliotecario de Alejandría desde Zenódoto y tutor de reyes (de Eupátor, de Tolomeo VI Filométor, del VII, Neofilopátor, y de Evérgetes II, el VIII). Padeció las persecuciones del último de ellos, como sus alumnos Dionisio y Apolodoro, y tuvo que partir en exilio a Chipre (c.145 a.C.), donde nuestras fuentes pierden su rastro.

El prestigio de Aristarco como filólogo riguroso y fecundo (más de 800 comentarios le atribuye la *Suda*) era ya proverbial en las cartas de Cicerón y en el *Arte poética* de Horacio⁵⁵, pero alcanzaría su cima en 1788, cuando Villoison descubrió en Venecia los manuscritos principales de la *Iliada*, dos códices de los siglos X y XI. Los abundantes escolios marginales e interlineales del primero de ellos, el *Venetus Marcianus* 454 A, proceden de un autor desconocido que, a su vez, había compilado los comentarios de cuatro gramáticos: Nicanor, Herodiano⁵⁶

⁵² Posidonio siguió los pasos de Crates, y hasta creyó haber descubierto en Homero el conocimiento de las mareas. Pero utilizaba los textos para apoyar sus teorías, mientras que Crates, como filólogo, intentaba, ante todo, explicar a Homero.

⁵³ Información biográfica que bien podría proceder de las hipótesis de Aristófanes de Bizancio.

⁵⁴ *Prolegomena de comoedia* (p. 21.68, ed. KAIBEL).

⁵⁵ Cic. *Epistulae ad Atticum* I, 14.3, *ad familiares* IX, 10.1; Hor. *Ars poetica* 450.

⁵⁶ Nicanor y Herodiano perfeccionaron, respectivamente, los sistemas de puntuación y acentuación, este último desarrollado especialmente por Aristófanes de Bizancio.



(ambos de época de Marco Aurelio), Dídimo y su contemporáneo Aristonico. Dídimo, como sabes, compuso un tratado sobre la crítica textual de Aristarco; Aristonico, por su parte, estudió los diversos signos críticos (*kritikā semēia*) con que el samotraco marcaba determinados versos en sus ediciones. A través de ellos dos principalmente, podemos reconstruir su hacer filológico.

Su obra proseguía y revisaba la de su maestro, Aristófanos de Bizancio, cuya labor gramatical quedó en parte oscurecida por la autoridad del discípulo. Una de las principales novedades que introducía Aristarco en los estudios gramaticales (sobre todo en los de la poesía homérica) consistió en entrelazar la edición del texto (*ékdosis*) con el comentario (*hypómnēma*): en los márgenes del rollo del texto editado añadía unos signos convencionales que se repetían en el rollo del comentario junto con los 'lemas' de los versos referidos. Por primera vez, el gramático ofrecía un texto corregido y daba cuenta, al tiempo, de su labor crítica sobre el mismo. No por ello debes interpretar que Aristarco fuera el inventor de los signos críticos, ni el creador del género del comentario o de la monografía: la invención del primer signo crítico se le atribuye a Zenódoto, de principios del siglo anterior, y comentarios sobre la épica de Homero los había desde mucho antes de época helenística. Lo que parece novedoso en Aristarco es la conexión entre texto editado y comentario.

El enlace entre uno y otro, como te digo, lo constituían las siglas marginales de las ediciones (conservadas sólo en una pequeña parte de nuestros papiros, en unos 15 de más de 600). La interpretación de cada signo la proporcionaba el propio Aristarco (a diferencia de sus predecesores, que la confiaban a la tradición) en una parte específica de sus comentarios, más o menos conocida a través de los extractos de Aristonico: el primero y más importante de ellos, el *obelós*⁵⁷, un trazo horizontal (—) colocado en el margen izquierdo del texto, se usaba desde Zenódoto: servía para señalar los versos espurios. Aristófanos de Bizancio había inventado otros signos menos generalizados: con la estrellita (*asterískos*, ✱) marcaba los versos repetidos; la sigma (C) y la antisigma (D) indicaban que los versos señalados eran equivalentes y, por tanto, intercambiables. Aristarco, para eso mismo, utilizaba la antisigma y la *stigmé* (un punto). Además, desarrolló otros nuevos: sus observaciones frente a otras ediciones las marcaba con la *diplê* (la 'doble', <); la *diplê periestigménē* (la 'doble punteada', le servía para indicar los desacuerdos con Zenódoto; en los versos repetidos y fuera de lugar añadía el óbelo al asterisco; y los pasajes de cuya autenticidad dudaba y no se atrevía a obelizar los marcaba simplemente con un punto. Un sistema tan complejo, como puedes imaginarte, estaba destinado a especialistas que fueran leyendo un rollo y

⁵⁷ La palabra se usa en Homero (por ejemplo, en *Iliada* I 465) para designar al 'pincho' de asar la carne. A partir de ahí su significado debió generalizarse al de 'raya', 'trazo rectilíneo' o 'guión'.



consultando otro (el códice había de proporcionar, más adelante, márgenes amplios y espacios interlineales suficientes para el añadido de escolios). Pero, gracias a esa artillería de signos, la crítica aristarquea, a la vez que ofrecía un texto de Homero razonadamente corregido y comentado, era respetuosa con el original legado por la tradición manuscrita.

Aristarco, antes que ningún otro, mereció el sobrenombre de homérico: editó (una o dos veces) la obra del poeta, al que, como Eratóstenes, consideraba fuente de placer y no de enseñanza; sobre su épica compuso comentarios y monografías; censuró las interpretaciones que hacía Filetas de sus glosas. Homero está, efectivamente, en el centro de su gramática. Sin embargo, estudió también a otros autores: con sus comentarios a Safo, Alcman y Estesícoro completaba el estudio de los nueve clásicos de la lírica iniciado por sus predecesores. Además, revisó la labor de Zenódoto sobre Píndaro y Anacreonte, la de Aristófanes de Bizancio sobre Píndaro, Anacreonte y Alceo, y la de Eratóstenes y Apolonio de Rodas sobre Arquíloco; de los trágicos, sabemos que comentó a Sófocles y Eurípides, y de los cómicos, a Aristófanes —no el gramático, claro está—. Aristarco, por último, según un papiro hallado a principios de siglo que remonta al tercero de nuestra era⁵⁸, fue autor del primer comentario a un prosista, a un historiador, a Heródoto⁵⁹: nunca antes había salido la práctica filológica de los límites del verso.

Cuando, en la segunda mitad del II a.C., Panecio de Rodas llamó «adivino» a Aristarco aludía, sin duda, a su agudeza interpretativa. A él se le atribuye el principio, fundamental para el ejercicio filológico, de que la mejor guía en la explicación de un autor la brinda el propio autor: su máxima «aclarar a Homero a partir de Homero»⁶⁰ confería un rigor analógico al viejo criterio de 'lo adecuado' (*prépon*), puesto en práctica ya por Zenódoto para verificar la 'homeridad' de una palabra o un pasaje. Una aplicación sin límites de esta regla interpretativa hubiera condenado como «cíclicos» (es decir, épicos, pero no homéricos) muchos pasajes; pues todo lo que no se hallara repetido, al menos una vez, se habría de considerar espurio. La prudencia aristarquea formuló como contrapeso el principio complementario de que muchas palabras aparecían en Homero sólo una vez (*hápax legómena*), y no por ello debían considerarse «cíclicas».

⁵⁸ Papiro *Amherst*, II (1901), ed. GRENFELL y HUNT, núm. 12.

⁵⁹ No es seguro que Aristarco compusiera el primer comentario a Tucídides.

⁶⁰ El famosísimo tópico «*Hómēron ex Homērou saphēnizein*» tiene su origen en Porfirio (*Quaestiones Homericas*, 1880, p. 297.16): posiblemente recoge más el espíritu que las palabras de Aristarco: los gramáticos no eran dados a formular principios generales; los filósofos, como Porfirio, sí.



La plena competencia interpretativa de Aristarco lo autorizaba al ejercicio de la ‘crítica de los poemas’, la parte más hermosa de la Gramática para su alumno Dionisio: por ejemplo, en *Contra Xenón* atacaba a quienes atribuían la *Iliada* y la *Odisea* a dos poetas distintos; atetizó (esto es, señaló como interpolado pero manteniéndolo en el texto) el proemio de *Los trabajos y los días*⁶¹, ausente en un ejemplar encontrado a mediados del siglo anterior por el peripatético Praxífanos; consideraba, además, como su maestro, que el verso XXIII 296 constituía el fin de la *Odisea* y que, en consecuencia, el resto del canto y el siguiente eran «cíclicos»⁶².

Bajo el gobierno del Malefactor, Aristarco, como sus discípulos, hubo de abandonar la capital egipcia: en él se rompía la cadena de la enseñanza gramatical alejandrina, que se había mantenido intacta desde los días de Filetas.

Aristarco —ya lo sabes— había recibido la «antorcha» filológica de ARISTÓFANES de Bizancio. Por más que la autoridad del alumno haya atenuado el brillo de la labor del maestro⁶³, la pureza gramatical y la amplitud de la obra aristofánica, fruto de una experiencia plenamente madura, nos permiten situar en ella la ‘acmé’ de ese ente histórico que los manuales denominan ‘filología helenística’.

Tan completa y diversa es la práctica gramatical de Aristófanos, que la descripción de sus tareas te servirá de repaso de la clasificación establecida casi un siglo después por su sucesor Dionisio, discípulo de su discípulo.

Pocos filólogos han hecho tanto en pro de la buena lectura de los textos como el de Bizancio: aparte de haber desarrollado el sistema de signos críticos de Zenódoto, como ya indicamos, él es el primer gramático al que las fuentes⁶⁴ refieren el uso de una escritura acentuada (de hecho, en los papiros tolemaicos más antiguos no aparecen acentos). Además, desde el siglo XVI p.C. muchos autores⁶⁵ lo han venido considerando inventor de la puntuación; erradamente,

⁶¹ Lo mismo hizo Crates con el pasaje.

⁶² El poeta Arato, según las diferentes versiones de su *Vida*, había hecho una edición crítica de la *Odisea*.

⁶³ Con alguna razón se quejaba Nauck, el editor de los fragmentos de Aristófanos de Bizancio — *Aristophanis Byzantii grammatici Alexandrini fragmenta*, Georg Olms, Hildesheim 1963 (=1848)—, a mediados del pasado siglo de la «aristarcomanía» que tras los descubrimientos de Villosion dominaba el territorio de la Historia de la Filología.

⁶⁴ El esolio P al verso 317 del canto VII de la *Odisea*.

⁶⁵ Sin ir más lejos L. D Reynolds y N. G. Wilson (pág. 22. Cf. op.cit. bibl. § 6).



porque algunos papiros literarios del siglo IV a.C. están puntuados; porque Aristóteles e Isócrates aluden al parágrafo (un trazo breve debajo de las primeras letras de la línea en que aparece un final de frase); y, en fin, porque un grafito en hexámetros descubierto en Ischia y datado en el siglo VII a.C. presenta algún signo de puntuación. Que Aristófanes puntuaba los textos es seguro⁶⁶ (quizá, como Dionisio y Aristarco, usaba sólo la *hypostigmé*, una especie de punto-y-seguido, y la *teleía stigmé*, más o menos equivalente a nuestro punto-y-aparte), pero también es cierto que él no inventó el sistema.

Por otra parte, su labor editorial, suplantada posteriormente por la de Aristarco, fue pulcra, amplia y novedosa: su texto de Homero se caracterizaba por el respeto a la tradición manuscrita: restituyó, obelizándolos, pasajes que Zenódoto había omitido como poco adecuados⁶⁷. Estudió cuidadosamente la épica didáctica de Hesíodo. De la lírica (o mélica, el género de la canción), sólo consta que editó la obra de Píndaro y Alceo, aunque se puede conjeturar que hiciera lo propio con la de Anacreonte y Alcmán. Sus ediciones de los textos líricos presentaban, según parece⁶⁸, una novedad importante, de indudables beneficios para la lectura: los versos estaban escritos no en líneas seguidas como la prosa, sino divididos en períodos (*kôla*). Además, utilizó signos de notación métrica para distinguir las series rítmicas que había descubierto en los poemas: el principio de cada parte lo señalaba con el parágrafo; cuando en las composiciones se repetía siempre el mismo tipo de estrofa, marcaba el final de la última con un adorno llamado corónide, y con el asterisco, cuando seguía un poema de metro diferente. En las composiciones triádicas el final de la estrofa y de la antístrofa se señalaba con el parágrafo, y el del epodo con la corónide, excepto en el último del poema, donde quedaba sustituida por el asterisco. Parece que tampoco los pasajes corales de la tragedia y la comedia se dividían —al escribirlos, se entiende— en unidades rítmicas antes de Aristófanes: no era el primero en estudiar la poesía dramática (ya dos poetas contemporáneos de Zenódoto, Alejandro de Etolia y Licofrón de Calcis, se habían dedicado a la tragedia y la comedia, respectivamente), pero sus signos de notación métrica y sus ingenios tipográficos proporcionaron unos textos más fáciles de leer y enseñaron una nueva forma de editarlos.

⁶⁶ Como lo demuestra el escolio HQ al verso 96 de la *Odisea*, donde se censura a Aristófanes por usar incorrectamente un punto en el verso 72 de su primer canto.

⁶⁷ Como *Iliada* XI 78-83, XII 175-81 y XVII 134-6 (cf. fuentes § 1a).

⁶⁸ No tenemos noticias de ninguna división de los versos líricos en períodos antes de Aristófanes de Bizancio. Desde luego, los autores tardoantiguos, como Dionisio de Halicarnaso (cf. *De compositione verborum* 22 y 26), lo consideraban el inventor del método.



Poco sabemos de su labor exegética sobre los textos, no sólo porque haya quedado sepultada por la de su discípulo Aristarco, sino porque, como recordará, la costumbre de acompañar la edición con un comentario escrito se iniciaría más tarde (con Aristarco precisamente).

En cambio, sí que contamos con abundante material acerca de sus investigaciones sobre glosas y relatos, que ya sabes constituyen la tercera parte de la división de Dionisio. Su gran obra lexicográfica, una colección titulada *Léxeis*, recogía los estudios glosográficos y onomasiológicos, aislados y restringidos a determinados tipos de palabras, de sus predecesores (Filetas, Zenódoto y Calímaco), y además suministraba indicaciones poéticas sobre la conveniencia del uso de algunos vocablos. A juzgar por los fragmentos conservados de las *Léxeis*, uno de los capítulos debía de tratar las palabras atendiendo a la cronología de su uso (si constaban o no en los clásicos); los restantes estaban compuestos en forma de onomástico, es decir, de vocabulario ordenado por materias (apelativos de los hombres o animales según su edad, de parentesco, de la vida cívica). Sus estudios sobre los relatos (a cuya aclaración se dedicaba también la tercera parte de la Gramática, según Dionisio) estaban supeditados (como la lexicografía a la edición) a la exégesis de los textos: sus monografías⁶⁹ *Sobre las máscaras* y *Sobre las cortesanas atenienses* estaban estrechamente ligadas a sus investigaciones en torno a la comedia ática. También del género cómico deriva, en gran parte, su obra paremiográfica: ya Aristóteles se había interesado por los proverbios, restos, a su juicio, de la sabiduría antediluviana; pero Aristófanes los estudió como filólogo, buscando en los textos su redacción completa y adecuada: hizo el primer compendio erudito de los *Proverbios métricos* en dos libros y, en cuatro, de los *Proverbios no métricos*, con material escogido (a tenor de los refranes citados en sus índices) de una monografía de Eratóstenes, *Sobre la comedia antigua*, pero ante todo de las obras poéticas; y no exclusivamente de la de los cómicos: por un escolio sabemos de su comentario a un proverbio del *Áyax* de Sófocles,

«adorno da el silencio a la mujer»,

y de su cita de una variante de un verso hesiódico⁷⁰,

«del joven, hacer; decidir, del adulto; y del viejo, los rezos».

⁶⁹ De su monografía *Sobre los animales*, una compilación basada probablemente en Aristóteles, Teofrasto y la paradoxografía (literatura de maravillas) de Calímaco, sólo conocemos el nombre.

⁷⁰ Fragm. 321 (cf. fuentes § 3).



A la aclaración de diversos datos extratextuales de los dramas se dedicaban las introducciones (*hypothéseis*) que añadía en sus ediciones de los trágicos principalmente, pero también de los cómicos. Un buen número de las hipótesis que nos ha conservado la tradición medieval lleva el nombre de Aristófanes. Aprovechando la información de los *Registros* cronológicos de Calímaco y la erudición de la escuela peripatética (sobre todo las *Didascalias* de Aristóteles y la recopilación de su alumno Dicearco), ofrecía al lector del drama, además de un argumento breve, otras indicaciones que nos han llegado a través de las hipótesis medievales: título del drama, seguido a veces de sus palabras iniciales (el *incipit*), identificación del coro y del personaje que recitaba el prólogo, título de otras obras presentadas por el autor al mismo certamen, número del drama en el registro del autor y, en algún caso, juicio crítico. Las hipótesis de Aristófanes, por lo que puedes deducir de su reelaboración medieval, eran un instrumento para el esclarecimiento de las datos accesorios de la poesía dramática.

El análisis etimológico, la cuarta parte de las tareas del gramático, no constituía para Aristófanes, a pesar de considerarse el iniciador de los estudios metódicos sobre los avatares (*pathḗ*) y el origen (*étyma*) de las palabras⁷¹, una rama independiente de la Filología: todo lo que conocemos de su labor etimológica procede de los estudios lexicográficos y está concebido como herramienta a su servicio.

El tratamiento de la analogía («cálculo de proporciones») dispensaba un instrumento muy valioso para la obra editorial. Varrón⁷², erudito latino de mediados del siglo I a.C., refiere que Aristófanes había escrito sobre analogía y que había establecido los modelos de declinación griega (*klísis*). Además, el manual de Carisio⁷³ (IV p.C.) enumera las cinco condiciones que el maestro de Bizancio exigía al cálculo de la proporción (igualdad de género, de caso, de final de palabra, de número de sílabas y de acento) y atribuye la sexta (igualdad de figura, simple o compuesta) a Aristarco. Los restos de sus *Léxeis*, por otro lado, testimonian su conocimiento sobre las diferencias dialectales y su curiosidad por la lengua hablada. La gramática técnica empezaba a adquirir con Aristófanes rasgos diferenciales.

Sólo el filólogo experto, el 'crítico de los poemas', está autorizado para emitir veredictos sobre la autenticidad o falsedad de las obras, y Aristófanes, por supuesto, lo era: fijó el final (*péras*) de la *Odisea* en el verso XXIII 296, seña-

⁷¹ Varrón, *De lingua latina* VI 2 (cf. fuentes § 12).

⁷² Varrón, *op.cit.* X 68 y IX 12.

⁷³ Cf. 149.26 en la edición de C. BARWICK, 1925.



lando el resto de ese canto y el siguiente como espurios: Aristarco, según los escolios, se encargaría de explicar en sus comentarios las razones (que él compartía, como sabes) de la decisión de su maestro. La perspicacia de los gramáticos alejandrinos descubrió en ese punto del poema una variación estilística que ha sido objeto de debate para la crítica hasta nuestros días. Aristófanes, además, continuando la investigación de Apolonio de Rodas sobre la autenticidad de los poemas atribuidos a Hesíodo (cuestión pseudohesiódica), condenó el *Quirono* y los *Consejos* y puso en entredicho el *Escudo* (que, sin embargo, se ha seguido considerando auténtica). Como crítico de poemas capaz de asignar una obra a su autor, compuso unos suplementos a los *Registros* de Calímaco. De esos suplementos podría proceder la clasificación triádica de la obra platónica que Diógenes Laercio⁷⁴ le atribuyó. Pero, además de completar los repertorios calimaqueos, con él —o, al menos, en su época— triunfaba la tendencia ya antigua a la selección de autores: el número de los ‘clásicos’ (*egkrithéntes*) de cada género, los escogidos que se nos han conservado, quedó establecido para siempre: en la épica (de acuerdo con Aristóteles y Zenódoto) dos poetas, Homero y Hesíodo; tres trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, y tres cómicos, Aristófanes, Cratino y Éupolis (aunque un epigrama⁷⁵ afirma que situaba a Menandro, máximo exponente de la Comedia Nueva, inmediatamente después de Homero); el número de yambógrafos se fijó en tres, Arquíloco seguido de Semónides e Hiponacte; y en nueve, el de los líricos: Píndaro (siempre el primero), Baquílides, Safo, Anacreonte, Estesícoro, Simónides, Íbico, Alceo y Alcmán.

Aristófanes, ya viejo, durante el reinado de Tolomeo V Epífanes (a principios del II a.C.), fue apresado (según leemos en la *Suda*), mientras intentaba huir a Pérgamo en busca de la protección de Éumenes II. Hasta entonces habría continuado ejerciendo de bibliotecario, el cuarto desde Zenódoto (entre él y Aristarco el quinto lo había sido Apolonio el clasificador, el *eidográphos*). La literatura biográfica consideró a Aristófanes de Bizancio discípulo de Zenódoto, Calímaco y Eratóstenes: no es literalmente exacto, pero indudablemente su maestría en el oficio era fruto de una tradición filológica de más de un siglo.

ERATÓSTENES de Cirene precedió, en tiempos de Tolomeo IV Filopátor y del III, Evérgetes, a Aristófanes de Bizancio al frente de la biblioteca real. Científico ante todo (Arquímedes le dedicó su *Método sobre las observaciones mecánicas* y un poema sobre *Problemas del ganado*) y platónico, pero también gramático

⁷⁴ En III 61 s.

⁷⁵ KAIBEL (ed.), *Inscriptiones Graecae XIV: Inscriptiones Siciliae et Italiae additis Galliae Hispaniae Britanniae Germaniae inscriptionibus*, 1890, inscr. 1.183.



y un poco poeta⁷⁶, se atribuyó, como recordarás, el apelativo de *philólogos*: la labor gramatical de Eratóstenes representaba sólo una parte de su erudición. Su cronología y su geografía son la obra de un matemático, de un astrónomo, de un hombre de ciencia.

Puedes considerarlo el fundador de la cronología crítica de la Antigüedad. En sus *Cronografías*, junto a los principios científicos (que, como sabes, omitiría Apolodoro), diseñó una tabla cronológica atendiendo a la sucesión de los vencedores olímpicos. Su sistema (basado principalmente en las listas de Hippias y Aristóteles) resultó determinante para la datación por Olimpiadas en la Antigüedad tardía. Los acontecimientos anteriores a la primera de ellas los databa de acuerdo con la lista de reyes espartanos (conservada por Eusebio). Casi un siglo después, las *Crónicas* de Apolodoro, más asequibles al gran público, habrían de tragarse a las eruditas *Cronografías*.

Igual que su cronología arrancaba de la guerra de Troya, los tres libros de su *Geografía* (término creado quizá por él) comenzaban con la descripción de la Ilión de Homero. En la parte histórica de la obra estableció el *floruit* del poeta cien años después de la caída de Troya (y a Hesíodo tras él). No lo consideraba ni historiador ni geógrafo: su épica, fantasiosa, no pretendía instruir, sino deleitar. Eratóstenes, aprovechándose de los estudios anteriores, a su disposición en la biblioteca, incluyó en el libro III de la *Geografía* nuevos mapas diseñados por él y una descripción de las características de cada país. El sucesor más destacado en este campo (como Apolodoro en el de la cronología) fue Posidonio, a mediados del I a.C. Medio siglo después, Estrabón incorporaría extractos de Eratóstenes y Posidonio en los dos primeros libros de su *Geografía*: a través de él conocemos, en parte, la geografía homérica de Eratóstenes⁷⁷.

Ya hicimos referencia a la revisión de Aristarco de sus estudios sobre Arquíloco y a su monografía *Sobre la comedia antigua* como fuente de proverbios para Aristófanes. Eratóstenes contaba con la labor de varios poetas que

⁷⁶ Escribió un epilio, *Hermes*, basado en un himno homérico, en el *Timeo* y en sus conocimientos geográficos. Además, al estilo de Calímaco, compuso un poema elegíaco *Erígone*, que acababa con un catasterismo.

⁷⁷ Filostéfano de Cirene, discípulo de Eratóstenes y peripatético en una acepción vaga del término, ofrecía en su *Sobre las ciudades de Asia*, compuesta con un material ordenado por ciudades y países, una geografía de carácter mítico-legendario. Auténtico calimaqueo, narró etimologías, maravillas y cultos locales.

Otro peripatético de la misma clase, Istro, quizá también de Cirene y discípulo de Calímaco, puede considerarse historiador en el mismo sentido que Filostéfano geógrafo.

Sátiro de Calátide, también llamado «peripatético», escribió una *Vida* de Eurípides basada en pasajes de sus dramas y de los de Aristófanes.



le habían precedido en el estudio del género cómico: Licofrón de Calcis, Eufronio de Quersoneso, Dionisiades de Malos y Calímaco de Cirene. Su formación didascálica le permitió investigar sobre la representación de tragedias y comedias. Pero, además, aplicó sus conocimientos dialectológicos a la crítica de los poemas: las formas no áticas le servían como indicio de la falsedad de los dramas. Con material sobre todo de la comedia compuso dos onomásticos: uno de tecnicismos propios de los artesanos y otro de utensilios domésticos.

Durante la monarquía de Evérgetes, antes de Eratóstenes, había sido bibliotecario y tutor del rey el poeta alejandrino APOLONIO, que seguramente conoces como el de Rodas (la tradición biográfica⁷⁸ refiere que se trasladó a la isla a raíz del fracaso de la recitación de sus *Argonáuticas*). Pocos fragmentos se conservan de su obra filológica: sabemos de una monografía contra la edición homérica de Zenódoto y de otra *Sobre Arquíloco*⁷⁹, al que admiraba tanto como lo detestaba Calímaco, su maestro; y también tenemos noticias⁸⁰ de que en una obra (de al menos tres libros y título desconocido) defendía el origen hesiódico del *Escudo*: Apolonio parece haber sido el iniciador de la discusión sobre la pseudo-hesiódea. La fuente principal para el estudio de su filología nos la proporcionan sus *Argonáuticas*, un poema épico cargado de erudición geográfica y arqueológica, y creado (con abundantes préstamos homéricos) en virtud de los preceptos de la *Poética* de Aristóteles⁸¹ (grandeza, unidad orgánica y completitud) y en contra de las recomendaciones calimaqueas de sutileza y brevedad⁸².

Las preferencias literarias del maestro de Apolonio, el docto poeta CALÍMACO de Cirene, puedes descubrirlas a través de sus numerosos epigramas y fragmentos conservados: la épica de Homero era inimitable: la poesía, para subsistir, tenía que tomar un nuevo rumbo; los poemas cíclicos, tan odiados⁸³

⁷⁸ Escolios a Apolonio Rodio, ed. WENDEL, pp. 1.8 ss.

⁷⁹ Por Ateneo X 451d (cf. fuentes § 9).

⁸⁰ De acuerdo con el argumento de Hesíodo (cf. fuentes § 3, en su pág. 86).

⁸¹ En 1450b 27 ss.-1459a 24 ss (cf. fuentes § 5).

⁸² Riano de Creta (*floruit* c.240 a.C.) escribió un poema épico-mitológico en cuatro libros, la *Heracleia*, análogo a las *Argonáuticas*, y unos cuantos más breves sobre leyendas locales al estilo de los poemas épicos menores de Apolonio. Como gramático, publicó una edición de la *Iliada* y la *Odisea* (más de 40 lecciones suyas se mencionan en los escolios homéricos, dos veces más de la *Odisea* que de la *Iliada*).

⁸³ «Odio el poema cíclico»: así empezaba el epigrama 28.



por el cirenaico, eran un ejemplo vivo de una práctica tan rimbombante como desgastada; las composiciones poéticas debían ser breves, delicadas y eruditas: «libro grande» equivalía a «mal grande»⁸⁴. Delicadeza y erudición, cualidades peyorativas, respectivamente, para Aristófanes el cómico y para Platón o Heráclito⁸⁵, se volvían en su obra valoraciones encomiásticas de la poesía.

Calímaco se jactaba de ser un poeta documentado⁸⁶: «nada canto sin testimonios», reza el fragmento 612. Compilaba glosas y relatos no sólo para la composición, sino también para la explicación de la poesía⁸⁷. Abundante material para el ejercicio de la tercera parte de la Gramática (glosas y relatos) proporcionaban sus colecciones onomasiológicas (*Nombres raciales*, *Sobre los ríos del mundo* o *Fundaciones de islas y ciudades y cambios de nombre*) y sus investigaciones histórico-literarias, como las *Costumbres no griegas* o las *Maravillas de la tierra reunidas por lugares*, obra inaugural esta última de la literatura sobre rarezas (paradoxografía), que tanto éxito había de alcanzar en la Antigüedad y el Medievo.

Pero entre todas las tareas filológicas de Calímaco sobresale la monumental empresa de organización de los fondos de la gran biblioteca de Alejandría. Hubiera resultado inútil almacenar en ella cientos de miles de rollos de papiro sin clasificar. Calímaco, como crítico de los poemas, estaba capacitado para dictar veredicto sobre la autenticidad de las obras y, por tanto, para su clasificación. Sus 120 volúmenes de *Registros* (*Pínakes*, ‘tablas’) ponían en orden la masa de libros adquiridos a lo largo del siglo III a.C. por el Museo (la famosa corporación de científicos y literatos instituida por Tolomeo I); pero, además, incluían y clasificaban otras obras no disponibles, sólo conocidas por citas. El método de los *Registros* o *Pínakes* sirvió como modelo a la posteridad⁸⁸ y es, en esencia, el

⁸⁴ Escolios florentinos al fragm. I, v. 7.

⁸⁵ Aristófanes, por ejemplo, en *Ranas* 828; Heráclito en el fragm. 22 b 40 (D-K); y Platón en, pongamos por caso, *Leyes* 811 ab.

⁸⁶ De hecho puede que el uso de la metáfora de la ‘fuente’ en sentido literario proceda del final de su himno a Apolo (II, 108-112).

⁸⁷ También el poeta Euforión de Calcis (*floruit* c.240 a.C.), bibliotecario de Antioquía de Siria y experto en la poesía de Calímaco, se dedicó, como filólogo, a coleccionar material sobre antigüedades

⁸⁸ Hermipo de Esmirna, llamado «peripatético» y también «calimaqueo», compuso una vulgarización de los *Pinakes*. Su vasta obra, a diferencia de la de Calímaco, no se ciñe a los testimonios seguros. Por otra parte, Aristófanes de Bizancio publicó unos suplementos a los *Registros* calimaqueos. Los *Pínakes* anónimos de Pérgamo, muy poco citados, no podían compararse con los de Calímaco, su modelo probable..



que hoy rige en tus bibliotecas: una ordenación no alfabética por materias y otras dos alfabéticas: de los autores y, dentro de ellos, de sus obras. Los *Pínakes* distribuían toda la cultura literaria griega (*pâsa paideta*) en clases: están atestigüadas en sus fragmentos tres de ellas, retórica, costumbres y miscelánea, pero se pueden deducir, por referencias en los mismos, otras: poesía épica, trágica, cómica, lírica, filosofía, historia y quizá también literatura médica. Los registros, con toda probabilidad alfabéticos, de los autores de cada clase contenían unos datos biográficos y una relación casi siempre alfabética⁸⁹ de los nombres de las obras; pero, como muchos poemas líricos carecían de título y, además, algunos podían resultar ambiguos o plurivalentes, se añadían (como en algunas de nuestras colecciones de poemas) las primeras palabras del texto (el *incipit*).

La *Suda*, bajo la voz 'Calímaco', habla también de unos *Pínakes* especiales: los cronológicos, un amplísimo registro de poetas dramáticos, se basaban, sin duda, en las *Didascalias* de Aristóteles; y los lingüísticos, una lista de glosas, seguían los pasos de Filetas y Zenódoto.

Llegado a Egipto probablemente durante el reinado de Tolomeo I Sóter (los antiguos cronógrafos situaron su 'acmé' antes del 288 a.C.), ZENÓDOTO de Éfeso fue coeducador de Tolomeo II Filadelfo y, según la *Suda*, primer bibliotecario de Alejandría. Debió participar en el acopio de ejemplares para la recién fundada institución y en las tareas organizativas preliminares, que pudieron beneficiarse de la experiencia en esos menesteres del peripatético Demetrio Falereo.

Es de suponer que la biblioteca real habría adquirido diversas ediciones de Homero, de las llamadas «de ciudades» (por ejemplo, la ateniense) y de las «de hombres» (como la del poeta Antímaco, la más antigua conocida, de finales del siglo V). Zenódoto, cotejando unas con otras —imaginamos—, trataba de reconstruir la obra genuina del poeta. La *Suda* lo describe como el «primer corrector de Homero» —recordarás que a él se atribuía la invención del primer signo crítico, el óbelo—: el texto de Antímaco se consideraba —sí— 'edición' (*ékdosis*), pero no 'edición corregida' (*dióρθōsis*). La crítica textual de Zenódoto mereció la censura de sus continuadores: alteraba el texto original, si no le parecía adecuado, demasiado alegremente. Se ha podido comprobar, sin embargo, que muchas de sus conjeturas, adiciones y atetesis no respondían a

⁸⁹ Evidentemente no todas las obras podían clasificarse según un mismo criterio. Los grandes poemas corales se dividieron en grupos especiales: los *Epinicios* de Simónides, según el tipo de certamen (carrera, pentatlón, etc.); los de Píndaro, más numerosos, según el lugar del certamen (Olimpia, Nemea, etc.). Los ditirambos, que tenían títulos como los dramas, podían registrarse alfabéticamente; los poemas de Safo, Alceo y Anacreonte, en cambio, sólo por el *incipit*. La clasificación de la prosa —hasta donde sabemos— seguía los mismos criterios.



razones internas, sino que guardaban fidelidad a otras ediciones, sin duda, a su disposición⁹⁰.

Zenódoto, como buen homérico (aunque también quedan rastros de su labor gramatical sobre la *Teogonía* de Hesíodo y sobre Píndaro y Anacreonte), pasa por haber sido el autor de la división de la *Iliada* y la *Odisea* en 24 libros, identificado cada uno de ellos por una letra del alfabeto; pero tenemos constancia sólo de que a partir de época de Aristarco tal división era ya usual: hasta entonces se aludía a cada pasaje con un nombre específico («la ira de Aquiles», «el catálogo de las naves», etc). Sí parece que compuso una *Vida* del poeta, un tratado sobre la duración del desarrollo argumental de la *Iliada* y una colección de glosas, la única —que conocemos—, de las alejandrinas, ordenada alfabéticamente.

Sabemos que también el poeta Simias de Rodas, durante el reinado de Tolomeo I (hacia el 300 a.C.) había escrito un glosario homérico; pero su colección en modo alguno alcanzaría la fama de las *Glosas sin orden* (*Glōssai átaktoi*) de su contemporáneo FILETAS de Cos, otro poeta docto. Copartícipe de la educación de Filadelfo con Estratón el peripatético y con Zenódoto, debió llegar a Alejandría avalado por su prestigio como poeta y como crítico (así lo definía, según dijimos, Estrabón). Las *Glosas sin orden*, cuya disposición desconocemos (a juzgar por su título, no debía ser la acostumbrada), llegaron a convertirse en un manual de uso común (¡mencionado incluso en la comedia⁹¹!), durante mucho tiempo: un siglo más tarde Aristarco consideró necesario escribir una monografía *Contra Filetas*. Su compilación de glosas no era tanto un instrumento al servicio de la explicación del texto homérico, como una herramienta útil para la composición de una poesía culta y delicada: la labor crítica de Filetas, el pionero, era inseparable de su hacer poético: por entonces, la filología no se había desgajado aún de la poesía.

6. Y antes de Alejandría...

—permite que en pocos trazos, pues se sale de nuestro propósito, te esboce un panorama de la «prehistoria» del arte filológico— ...el estudio de los tex-

⁹⁰ Ateneo (*Epítome* I 12f, cf. fuentes § 9) dice que la edición de Zenódoto ofrecía, a diferencia de los demás textos tolemaicos y de la vulgata de la *Iliada*, en el verso I 5 *daíta* ('banquete') en vez de *pâsi* ('todos'). Aristarco, según el escolio del *Venetus* A, y Eustacio rechazaron la lección acusándolo de *ignorancia*. Sin embargo, algunos textos de los trágicos parafrasean el pasaje y contienen la lectura *daíta*, que debía figurar en algunas ediciones del siglo V.

⁹¹ El epítome de Ateneo (IX 382c, cf. fuentes § 9), nos ha conservado un fragmento de una comedia de Estratón el poeta, las *Fenícidas* (siglo III), en que el amo, desesperado por la pedantería de su cocinero, cuenta cómo, para entenderlo, se vio obligado a recurrir a las glosas de Filetas.



tos ni siquiera era cosa de gramáticos. Claro que habría curiosidad e interés por las producciones escritas, claro que sí: desde que los libros (en tiempo de los sofistas) empezaron a circular corrientemente por las ciudades griegas, se hizo uso de los textos literarios y se estudiaron; pero los que se acercaban a ellos no pretendían, desde luego, depurarlos de interpolaciones y errores, ni tan siquiera explicarlos.

Ya desde el siglo VI los poemas de Homero habían sido objeto de controversia: Jenófanes, el poeta presocrático, al criticar la concepción homérica de los dioses, no hacía otra cosa que poner en ridículo (relativizándolas) las creencias humanas. Algunos, como el historiador Teágenes de Regio, contemporáneo suyo, salieron en defensa de Homero: el poeta, a veces, hablaba por medio de la alegoría, y había que saber interpretar sus palabras. Otros, como Ferécides de Siro (de finales del siglo V) y Metrodoro de Lámpsaco (de finales del IV) utilizaron la interpretación alegórica para sus fines filosóficos: descubrir la sabiduría oculta en los poemas.

De la mina de la gran épica sacaron los sofistas, los rétores y los historiadores materiales preciosos para sus prácticas pedagógicas, para sus discursos y para sus relatos: Protágoras, por ejemplo, estudiaba los tipos de frase, los nombres y sus géneros, para alentar en sus alumnos un uso correcto de las formas del lenguaje. A los suyos Pródico los enseñó a encontrar, distinguiendo minuciosamente los significados de las voces poéticas, la palabra exacta que buscaban y no otra. Hipias elaboró una lista de vencedores de Olimpia y desarrolló sus investigaciones de anticuario como instrumento de su plan de enseñanzas. En la tragedia descubría Gorgias un poder sugestivo sobre el espectador, sólo comparable con la fuerza persuasiva de la oratoria: para él la tragedia no era más que un discurso en verso. Sus discípulos Isócrates y Alcidas, oradores, bebieron de las fuentes literarias para enriquecer su elocuencia. Heródoto, historiador, al explicar la llegada de Helena y Paris a Egipto, dictaba, de paso, sentencia contra la filiación homérica de los *Cantos ciprios*.

La amplitud de la ciencia aristotélica se extendió también a los dominios de la literatura y el estudio del lenguaje: compilaciones de glosas, de proverbios, de doctrinas, listas de vencedores píticos y olímpicos, colecciones de preguntas y respuestas sobre la interpretación correcta de los pasajes homéricos o exhaustiva documentación didascálica sobre los autores de los dramas y su puesta en escena. Además, en su *Poética* Aristóteles establecía una normativa sobre la composición y dejaba zanjado para siempre el debate sobre la pseudo-homérica: sólo tres obras eran originales del poeta, la *Ilíada*, la *Odisea* y el hoy perdido *Margites*. También desarrolló los estudios lingüísticos de su maestro y de los sofistas: clasificó los elementos oracionales y distinguió 'tiempos' en el verbo; y todo ello, para explicar el mundo.



Lo que eran las cosas —creía Platón— podía descubrirse encontrando el significado originario de las palabras. Su filosofía analizó y clasificó los componentes últimos del lenguaje, estableció una primera dualidad entre palabra activa y pasiva y distinguió variantes dialectales. Pero Platón (la poesía era «irrazonable») desconfiaba de los intérpretes, y hasta desterró de su república ideal a los poetas.

Y los poetas, bueno, los poetas como Sófocles o Esquilo escudriñaban en su memoria, en la tradición, los pasajes homéricos para robarles, con mano maestra, maneras, versos y palabras; para sacar, de la poesía encriptada en la escritura, más poesía.

Se había propagado la escritura fenicia allá por el siglo VIII, y con ella empezaba la práctica de la lectura: la «filología» elemental y primaria del raposo apenas era más que recitación.

Y antes, al principio, Homero, como tú, como el lenguaje, de cuando en cuando, se volvía sobre sus propias palabras y, como cualquiera, a veces, se ponía a explicar unas con otras.

REMATE

Era, pues, la filología, como has visto, un arte para la lectura de las obras del lenguaje, una técnica para devolver al aire las palabras dormidas en las letras. Gracias a sus labores, generaciones y generaciones, sobre todo de niños y muchachos, más o menos sometidos a la escuela, aprendieron durante siglos con el disfrute de los versos (y también las prosas) de las obras maestras de su lengua: sentir el ritmo entendiendo las palabras, descubrir el sentido de las frases, sin tener para ello que taparse los oídos, sino todo lo contrario; hacer, en fin, de los ojos unos buenos siervos de la voz.

Porque —no lo olvides— se trataba sólo de eso: de restituir el texto prístino de las obras, para poder leerlas, y de entender, cosa por cosa, con todas sus rarezas, lo que se iba leyendo y releendo. Y, cuando la filología se apartaba de las obras, como se apartaron muchos de los pergamenos, atraídos por las curiosidades accesorias a los textos, o como se apartó el inerte trabajo compilatorio de los tiempos de Dídimo, por conformarse sólo con las ideas sobre las obras relegando a un segundo plano su lectura, entonces, escamoteados los textos, la filología se esfumaba y el arte quedaba convertido en un triste sucedáneo.

De la vieja técnica alejandrina, sostenida a duras penas por los eruditos de Bizancio durante la Edad Media, renacida en la Italia del *Cinquecento* y desarrollada después, desde el siglo XVI al XIX, en los Países Bajos, Francia, Inglaterra y Alemania, son herederas nuestras filologías de hoy, especialmente la «clásica» (que ha servido de modelo para las otras). El estudio filológico-gramatical se iniciaba en



la Enseñanza Secundaria con asignaturas como la Lengua, la Literatura y, sobre todo, el Griego y el Latín.

En la enseñanza de la Literatura bien poco queda de las labores filológicas tradicionales, apenas algún fragmento de alguna obra para sustento de las tres o cuatro ideas instaladas sobre su historia y la de su autor: los viejos escolios se han ido extendiendo, como un cáncer, por las páginas de los manuales escolares y han terminado por tragarse a las obras, para cuya aclaración y entendimiento habían nacido. Ortografía y más ortografía: a esa facilísima asimilación de la normativa va reduciéndose, a pasos agigantados, la antigua instrucción lingüístico-gramatical de los bachilleres. Y con el Griego y el Latín, ¿qué ha pasado? Pues ya lo ves: mientras las «lenguas muertas» fueron estandarte de la Iglesia, se mantuvo su enseñanza, aunque convirtiéndola en mera gimnasia mental y silenciando muchos textos. Y, cuando la iniciación al estudio de nuestras lenguas antiguas podía acaso librarse del aburrimiento del *rosa rosae* y hacer posible ese milagro de oír las palabras de los muertos, redivivas en la lectura en voz alta de las obras, entonces los Planes de Enseñanza del régimen imperante se han dejado caer con el sustitutivo que llaman Cultura Clásica: libros de texto copiados de otros, que eran, por su parte, extractos de unos manuales calcados de otros, cuyos autores, quizá, alguna vez, habían bebido, sin intermedios, de la fuente verdadera, de las obras.

Pero, bueno, todavía tú, si se te antoja poner en práctica las enseñanzas de los maestros de la filología helenística, puedes hacer de gramático: cuando por casualidad te encuentres con alguna obra de verdad valiosa, a lo mejor se te ocurre leerla en voz alta, y consigues oírla y entenderla al compás de su ritmo y palabra por palabra.

APÉNDICE: TABLA CRONOLÓGICA DE LOS FILÓLOGOS HELENÍSTICOS Y SUS «PRECURSORES»

Autor	Origen	Akmē	Anágnōsis (Ekdosis / Dióρθōsis)	Exēgēsis	Krisis poiēmátōn	Apelativo
RAPSODOS		VI	- ANAGNOSIS	- GLOSAS		
JENÓFANES	Colofón	VI (550)		- Censura de Homero [EXEGESIS]		- Filósofo - Rapsodo - Poeta
TEÁGENES	Regio	VI (550)	- Variante textual en <i>Iliada</i> l 381	- Alegoría apologética de II. III 67 [EXEGESIS ALEGÓRICA]		- Historiador
FERÉCIDES	Siro	VI (525)		- Alegoría no apologética [EXEGESIS ALEGÓRICA] - Etimología		- Filósofo
HERÓTODO DE TURIOS	Halicamaso	V (450)			Pseudohomérica	- Historiador
PROTÁGORAS	Abdera	V (450)		- Censura de II. I 1 [EXEGESIS, ANALOGÍA] - 4 tipos de frase (base de los 4 modos) [ANALOGÍA] - <i>Orthoēpeia</i> [ANALOGÍA] - <i>ónoma</i> ("nombre"), única clase de palabra [ANALOGÍA] - Estudio de los 3 géneros del nombre [ANALOGÍA]		- Sofista
METRODORO	Lámpsaco	V (425)		- Alegoría extendida a héroes [EXEGESIS ALEGÓRICA]		- Filósofo
DEMÓCRITO	Abdera	V (425)		- <i>Peri Homērou orthoepēēs kai glōssēōn</i> [EXEGESIS] ?		- Filósofo
PRÓDICO	Ceos	V (425)		- <i>onomátōn orthōtēs</i> [ANALOGÍA, ETIMOLOGÍA] - Dialectos [ANALOGÍA]		- Sofista
GORGIAS	Leontinos	V (425)			- La poesía como "Discurso (<i>lógos</i>) provisto de metro"	- Sofista
HIPIAS	Élide	V (425)	- PROSODIA	- Catálogo de vencedores de Olimpia [CRONOLOGÍA] - Nombres raciales [GLOSAS] - Colección [HISTORIAS] - <i>orthoēpeia</i> de Protágoras [ANALOGÍA]		- Sofista
ANTÍMACO	Colofón	V (401)	- Ékdosis ("edición") de Homero			- Poeta
APOLONIO DE RODAS	Aleandría	III (250)	- <u>Contra Zenódoto</u> - <u>Arquíloco</u>	- Comentarios a Homero [EXEGESIS]	- Monografías - <u>Sobre Arquíloco</u> - Pseudohesiódea	- Poeta - <i>Grammatikós</i> - Bibliotecario
RIANO	Creta	III	- <i>Iliada</i> , <i>Odisea</i>			- Poeta



Autor	Origen	Akmē	Anágnōsis (Ekdoxis / Dióρθōsis)	Exégēsis	Krísis poimátōn	Apelativo
EUFORIÓN	Calcis	III (225)		- Antigüedades [HISTORIAS]		- Poetas - Bibliotecario de Antioquia
HERMIPO	Esmirna	III (225)		- Vulgarización de los Pinakes [HISTORIAS] - <u>Catálogo de los dramas de Esquilo</u> [BIOGRAFÍA]	- <u>Catálogo de los dramas de Esquilo</u>	- Peripatético - <i>Grammatikós</i>
ISTRO	Cirene (?)	III		- Mitología [HISTORIAS]		- Peripatéticos - <i>Grammatikós</i>
FILOSTÉFANO	Cirene	III (225)		- <u>Sobre las ciudades de Asia</u> [BIOGRAFÍA]		- Peripatéticos - <i>Grammatikós</i>
SÁTIRO	Calátide	III (225)		- <u>Vida de Eurípides</u> - [BIOGRAFÍA]		- Peripatéticos - <i>Grammatikós</i>
CRISIPO	Tarso (Cilicia)	III (225)		- <u>Sobre cuestiones etimológicas</u> [ETIMOLOGÍA]		- Estoico - Escultor - <i>Grammatikós</i>
ERATÓSTENES	Cirene	III (225)	- Arquíloco	- <i>Architektónikos</i> y <i>Skeuográphikos</i> [GLOSAS] - <i>Grammatiká</i> [ANALOGÍA] - <i>Vencedores de Olimpia</i> (2 libros) [CRONOLOGÍA] - <i>Cronografía</i> [CRONOLOGÍA] - <i>Geografía</i> (3 libros) [GEOGRAFÍA] - <i>Katasterismoi</i> [HISTORIAS]	- <u>Sobre la comedia antigua</u> (12 libros) - Comentario sobre lírica	- <i>Philólogos</i> - Bibliotecario - Poeta
ANTÍGONO	Caristo	III (225)		- <u>Libro de las maravillas</u> [PARADOXOGRAFÍA]		- Pergameno
ARISTÓFANES	Bizancio	III (201)	- Puntuación falsamente atribuida - <i>teleia stigmé</i> ("punto-y-final") - <i>hypostigmé</i> ("punto-y-seguido") - <i>paragraphos</i> - Signos críticos: <i>óbelos</i> , <i>asteriskos</i> , <i>sigma</i> y <i>antisigmas</i> - Colometría - Signos colométricos (parágrafos, asteriscos y coronide) - Acentuación - Homero - Líricos (Píndaro, Anacreonte, Alceo) - Trágicos (Sófocles, Eurípides)	- <u>Sobre los animales</u> (HISTORIAS) - <i>Léxeis</i> [GLOSAS, ETIMOLOGÍA, ANALOGÍA (dialectos)] - <i>Hipóthēsis</i> (introducciones a la tragedia y la comedia) [HISTORIAS] - Didascalias del <i>Discolo</i> [HISTORIAS] - ANALOGIA (según Varrón) - <u>Sobre las máscaras</u> [HISTORIAS] - <u>Sobre las cortesanas atenenses</u> [HISTORIAS] - Estudio de los cómicos [PAREMIOGRAFÍA] - Proverbios métricos. 2libros; no métricos, 4 libros [PAREMIOGRAFÍA]	- Final (<i>péras</i>) de la <i>Odissea</i> - Pseudohesiódica - Clasificación de Píndaro - <i>Hipóthēsis</i> (tragedia comedia) - <i>Léxeis</i> (recomendaciones poéticas) - Selección de autores (egkrínein): 2 épicos, 3 trágicos, 3 cómicos, 3 yambógrafos, 9 líricos - Sobre los líricos (?) - Sobre los cómicos (?)	- <i>Grammatikós</i> - Bibliotecario
EUFRONIO	Quersoneso	II (199)	- Aristófanes (?)	- Comentario al <u>Pluto</u> de Aristófanes [GLOSAS]		- Poeta - <i>Grammatikós</i>



Autor	Origen	Akmē	Anágnōsis (Ekdosis / Dióρθōsis)	Exégēsis	Krīsis poiēmátōn	Apelativo
DIONISIADES	Malos	II (199)		- <i>Charaktēres ē Philokomōidoi</i> [HISTORIAS]		- Poeta - <i>Grammatikós</i>
POLEMÓN	Ilión	II (199)	- EPIGRAFÍA	- Periégēsis de Ilión [HISTORIAS]	- <i>Contra Timeo</i> (sobre Epicarmo)	- Pergameno
ARISTARCO	Samotracia	II (175)	- Homero - Signos críticos: <i>Diplḗ Diplḗ peristigmḗnē asterískos, stigmḗ, ḗbelos + asterískos, antisigma + stigmḗ</i> - Acentuación para dicción ambigua - Puntuación para dicción ambigua (<i>telela stigmḗ, hypostigmḗ</i>) - Sobre el uso de los signos críticos - Comentarios y monografías - <i>Atetesis</i> al proemio de <i>Los trabajos y los días</i> de Hesíodo - Alceo, Anacreonte, Píndaro (?) - Aristófanes (?) - Heródoto - ANALOGÍA ("aclarar a Homero a partir de Homero", <i>ápax legómēna</i>) - MÉTRICA	- Comentarios, más de 800 (¿?) - Comentarios a Arquíloco [EXEGESIS] (¿?) - Sobre Alcmán, Estesícoro, Safo y Alceo (monografías) [EXEGESIS] (¿?) - <i>Sobre el puerto</i> [HISTORIAS] - Comentarios a Píndaro y Anacreonte [EXEGESIS] - Comentarios al Licurgo de Esquilo, a Sófocles y Eurípides (?) [EXEGESIS] - Comentario a Aristófanes [EXEGESIS] - Comentario a Heródoto [EXEGESIS] - Contra Filetas [GLOSAS] - 8 partes de la Oración [ANALOGÍA] (¿?)	- <i>Contra la opinión de Xenón, Sobre la Iliada y la Odisea</i> (monografías) - Comentarios a Arquíloco (¿?) - Comentario a Alcmán (¿?) - Distinción de lo «cíclico» y lo homérico	- <i>Grammatikós</i> - Bibliotecario
CRATES	Malos (Cilicia)	II (175)	- <i>Diorthōiká</i> (monografía) - <i>Atetesis</i> del proemio de <i>Los trabajos y los días</i> - <i>Atetesis</i> del proemio de la Teogonía	- <i>Homēriká</i> (monografía) [HISTORIAS] - Homero [EXEGESIS ALEGÓRICA, ETIMOLOGÍA] - Comentario a Arato [EXEGESIS] - Comentario a Alcmán [EXEGESIS]	- Sobre las partes de la comedia	- <i>Kritikós</i> - Cosmólogo - Estoico - Pergameno
ATENODORO	Tarso (Cilicia)	II (175)				- Bibliotecario de Pérgamo
ESTOICOS	Cilicia	III-I		- ALEGORÍA [EXEGESIS] - ETIMOLOGÍA - ANALOGÍA Y ANOMALIA		- Filósofos
DEMETRIO	Escepsis	II (150)		- Orden de batalla troyano [HISTORIAS, GLOSAS]		- Pergameno
APOLODORO	Atenas	II (150)	- Sobre el trímetro cómico - Epicarmo	- <i>Crónicas</i> yámbicas ("acmé", arcontado) [CRONOLOGÍA] - <i>Sobre el catálogo de las naves</i> (Monografía) [HISTORIAS] - <i>Sobre etimologías</i> [ETIMOLOGÍA] - <i>Sobre los dioses</i> (24 Lib.) [ETIMOLOGÍA, GLOSAS] - Sobre comedia [EXEGESIS] - <i>Sobre las cortesanas atenienses</i> [HISTORIAS] - <i>Sobre Epicarmo</i> [EXEGESIS] - <i>Sobre Sofrón</i> [HISTORIAS, GLOSAS, ANALOGÍA]	- <i>Contra la opinión de Xenón, Sobre la Iliada y la Odisea</i> (monografías) - Comentarios a Arquíloco (¿?) - Comentario a Alcmán (¿?) - Distinción de lo «cíclico» y lo homérico	- <i>Grammatikós</i> - Poeta



Autor	Origen	Akmé	Anágnōsis (Ekdosis / Dióρθōsis)	Exégesis	Krísis poēmátōn	Apelativo
DIONISIO TRACIO	Alejandro	II (125)	- Tratado sobre la cantidad [MÉTRICA] - <u>Tratado sobre ortografía</u> [ORTOGRAFÍA] - <u>Téchne grammatiké</u> [PROSODIA, MÉTRICA, RAPSODIA]	- Comentario a la <u>Ilíada</u> [GLOSAS, HISTORIAS] - Contra Crates (monografía) [EXEGESIS] (¿?) - Comentarios Líricos (¿?) - Comentario a Hesíodo (¿?) [GLOSAS] - <u>Téchne grammatiké</u> [ANALOGÍA] - 8 partes de la Oración [ANALOGÍA]	- Contra Crates (¿?)	- Grammatikós - Rétor
TIRANIÓN	Amiso (Ponto)	I (50)		- Continuación del comentario a la <u>Ilíada</u> de Dionisio [GLOSAS, HISTORIAS] - <u>Sobre las parte del discurso</u> [ANALOGÍA]		- Grammatikós - Ordenación de la biblioteca de Aristóteles en Roma
ASCLEPIADES	Mirlea (Bitinia)	I (50)		- Monografías homéricas [GLOSAS, HISTORIAS] - <u>Sobre los gramáticos</u> [BIOGRAFÍA] - <u>Sobre Gramática</u> [ANALOGÍA]		- Grammatikós
FILÓXENO	Alejandro	I (50)		- <u>Sobre el habla de los romanos</u> [ANALOGÍA (Dialectos)] - <u>rhēma</u> monosilábico [ANALOGÍA, ETIMOLOGÍA]		- Grammatikós
DÍDIMO	Alejandro	I (25)	- <u>Sobre la edición corregida de Aristarco</u> [VARIANTES TEXTUALES]	- Estudios homéricos [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - Comentarios sobre la <u>Ilíada</u> y la <u>Odisea</u> [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - Comentarios a cómicos, sobre todo Aristófanes [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - Comentarios a toda la obra de Píndaro y a Baquilides [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - Comentarios a Sófocles [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - Comentarios a los historiadores sicilianos [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - <u>Sobre Demóstenes de Dídimos</u> [COMPILACIÓN EXEGÉTICA] - <u>Vocabulario de la comedia</u> y <u>Vocabulario de la tragedia</u> [COMPILACIÓN GLOSOGRAFÍA] - <u>Sobre proverbios</u> [PAREMIOGRAFÍA] - <u>Charlas de banquete</u> [HISTORIAS]	- <u>Sobre poetas líricos</u> - <u>Sobre Demóstenes de Dídimos</u>	- Grammatikós

Nota a la tabla:

A) Las fechas de la "acmé" de los autores están redondeadas de acuerdo con cinco hitos en cada centuria; los años 99 deben leerse como «comienzos del siglo»; los 75, como «primer cuarto»; los 50, «mediados»; etcétera.

B) Aclaración de la tipografía:

- 1) Filas con relleno, para los «precursores» de los filólogos helenísticos.
- 2) Filas sin relleno, para filólogos helenísticos.
- 3) Obras.
- 4) *Transcripción de palabras griegas de difícil traducción.*
- 5) [TIPO DE ESTUDIO GRAMATICAL].
- 6) Atribución dudosa al autor o al campo de estudio, (¿?).
- 7) Atribución dudosa a uno u otro campo de estudio, (¿?).





BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- 1) R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, Gredos, Madrid 1981 (=1968).
- 2) R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica desde 1300 a 1850*, Gredos, Madrid 1981 (=1976).
- 3) F. MONTANARI (ed.), *La philologie grecque à l'époque hellénistique et Romaine*, Fondation Hardt pour l'étude de l'antiquité classique, Vandoeuvres-Génova 1994:
 - a) NICHOLAS J. RICHARDSON, «Aristotle and hellenestic Scholarship».
 - b) JEAN IRIGOIN, «Les éditions de textes».
 - c) RENZO TOSI, «La lessicografía e la paremiografia en eta' alessandrina ed il loro sviluppo succesivo».
 - d) D.M. SCHENKEVELD, «Scholarship and grammar».
- 4) JEAN LALLOT, *La grammaire de Denys le Thrace*, CNRS, París 1989.
- 5) L.D. REYNOLDS -N.G. WILSON, *Copistas y filólogos*, Gredos, Madrid 1986 (=1968).
- 6) N.G. WILSON, *Filólogos bizantinos*, Alianza Editorial, Madrid 1994 (=1983).
- 7) G. CAVALLO, *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo*, Alianza Editorial 1995 (=1975).
 - a) E.G. TURNER, «Los libros en la Atenas de los siglos V y IV».
 - b) T. KLEBERG, «Comercio librario y actividad editorial en el mundo antiguo».
- 8) A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid 1982.
- 9) A. CARLINI, «Filología y erudición», en *La cultura helenística* (filosofía, ciencia, literatura), Icaria- Bosch, Barcelona 1983.
- 10) H. ESCOLAR, *Historia universal del libro*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1993.
- 11) H. LYDDELL-R. SCOTT, *Greek-English Lexicon*, Clarendon Press, Oxford 1985 (=1940).



**Fuentes antiguas más frecuentes
(sólo las consultadas en lengua original)**

- 1) HOMERVS (ed. D. MUNRO-T. ALLEN), *Opera*, I-IV, Clarendon Press, Oxford 1987¹⁶ (=1902).
 - a) Ilias (t. I-II).
 - b) Odyssea (t. III-IV).
- 2) W. DINDORF , *Scholia in Homeri Iliadem* (4 vols.), Clarendon Press, Oxford 1874; vols. V y VI, ed. E. MAAS, 1887-8.
- 3) HESIODVS (ed. F.SOLMSEN-R.MERKELBACH-L.WEST) *Theogonia, Opera et dies, Scutum, Fragmenta selecta*, Clarendon Press, Oxford 1984² (=1970).
- 4) PLATO (ed. I. BURNET), *Opera* I, Clarendon Press, Oxford 1987¹⁸ (=1900).
- 5) ARISTOTELES (ed. R. KASSEL), *De arte poetica liber*, Clarendon Press, Oxford 1988⁸ (=1965).
- 6) ARISTOTELES (ed. W. D. ROSS), *Ars rhetorica*, Clarendon Press, Oxford 1989 (=1959).
- 7) HERODOTVS (ed. C. HUDE), *Historiae*, Clarendon Press, Oxford 1988 (=1908).
- 8) F. JACOBY (ed.), *Die Fragmente der griechischen Historiker* I ss., Berlín 1923 ss.
- 9) ATENAEVS (con trad. ingl. de C. B. Gulick), *The deipnosophists*, Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts, 1993 (=1951).
- 10) M.F. QVINTILIANVS (ed. M. WINTERBOTTOM), *Institutionis oratoriae libri XII*, Clarendon Press, Oxford 1985 (=1970).
- 11) SÜETONIVS (ed. M. IHM), *Opera*, Teubner, Leipzig 1908.
- 12) VARRÓN (ed. bilingüe M. M. CASQUERO), *De lingua latina*, Antropos (MEC), Madrid 1990.
- 13) ISIDORVS HISPALENSIS (ed. W. M. LINDSAY), *Etimologiae*, Clarendon Press, Oxford 1911.